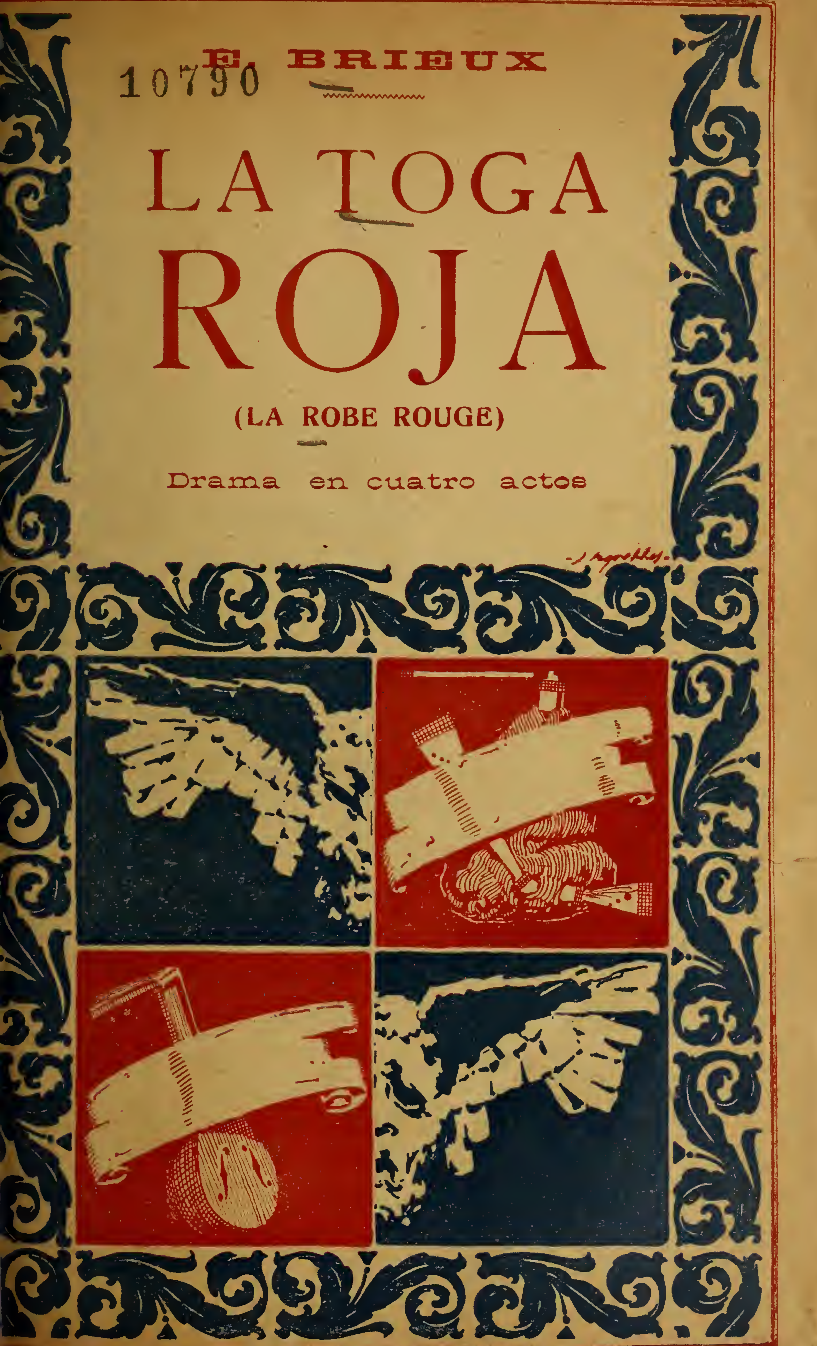


E. BRIEUX

LA TOGA ROJA

(LA ROBE ROUGE)

Drama en cuatro actos

LA TOGA ROJA

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO POPULAR.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

E. BRIEUX

LA TOGA ROJA

(LA ROBE ROUGE)

Drama en cuatro actos, de éxitos mundiales

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

Versión española de

J. AYNE RABELL y FEDERICO FUENTES

Estrenado en el Teatro Cervantes, de Madrid, el 7 de Abril de 1911; en el Gran Teatro Victoria, de Buenos Aires, el 4 Noviembre del mismo año; en el Teatro Nacional, de la Habana, en Marzo de 1912 y en el Teatro Apolo, de Barcelona, el 13 de Febrero de 1913





REPARTO

Edad	PERSONAJES	ACTORES EN MADRID	ACTORES EN BARCELONA
30	ADRIANA	Sra. Herman.	Sra. Puchol.
70	LA MADRE DE OBERTAL	» Vazquez.	» Bayona.
40	SEÑORA DE VAGRET .	» Esquerrá.	» Ferrer.
40	SEÑORA DE BUNERAT .	» Sanz.	» Gassó.
20	BERTA.	» Ruiz.	» Guitart.
25	CATALINA.	» Blanco.	» Valero.
40	MOUZON. Juez instructor.	Sr. Vázquez.	Sr. Perelló.
50	VAGRET. Fiscal . . .	» Miralles.	» Carnicero.
30	OBERTAL	» Aguado.	» Rojas.
40	MONDOUBLEAU. Diputa.	» Azaña.	» Delor.
60	LA BOUZULE	» Balsalobre.	» Sanchiz.
40	BUNERAT	» Rico.	» Strems.
60	FISCAL DEL SUPREMO .	» Miralles hijo	» Castells.
50	PRESIDENTE DE SALA .	» Palencia.	» Mer.
26	ARDENIL	» Serrano.	» Crespo.
35	BRIDET.	» Sota.	» Guilemany
	TENIENTE GENDARME.	» López.	» Casanova.
	EL ESCRIBANO . . .	» Gomar.	» Martí.
	UN UJIER	» Ruiz.	» Ortíz.
	UN CRIADO	» Ciur.	» Sen.

La escena en Mauleon. — Epoca actual.



ACTO PRIMERO

En casa de Vagret. Salón modesto.

ESCENA PRIMERA

SEÑORA VAGRET y BERTA.

(Al levantarse el telón la señora Vagret, en traje de soirée, coloca en orden las sillas y demás sitiales del salón. Entra Berta, también trajeada de soirée, y va a entregar a su madre un periódico que trae en la mano.)

BERTA — Aquí tienes el *Diario de Mauleon*... Ya he mandado a papá el *Diario Oficial*.

S. VAG. — ¿Dónde está ahora tu padre?

BERTA — (Señala una lateral.) Ahí dentro, vistiéndose.

S. VAG. — ¿Terminó la vista?

BERTA — Creo que no; pero él ha salido antes del Tribunal.

S. VAG. — (Disponiéndose a leer el diario.) ¿Y qué trae el diario? ¿Continúa la campaña?

BERTA — Así parece.

S. VAG. — No hay que buscar mucho... Mira, en letras muy grandes y en primera columna. (Leyendo:) «El crimen de Yrisarry...» (Hablado.) Vaya, ahora las emprende contra tu padre... (Leyendo.) «El señor Vagret, nuestro fiscal...» (Continúa para sí y comentando.) ¡Qué el asesino sigue campando por sus respetos!... Como si nosotros tuviésemos la culpa... (Leyendo.) Otro epígra-

fe: «La justicia duerme...» (Hablando.) ¡Con que la justicia duerme!... Pero señor, es posible que se escriban semejantes imposturas... ¡Cuando tu pobre padre no ha pegado los ojos desde hace dos semanas! Esos periódicos son insaciables...

BERTA Parece que el diario vasco traerá también un artículo furibundo...

S. VAG. ¿El *Eskual Herria?*

BERTA Me lo ha dicho el boticario.

S. VAG. De ese papelucho me río yo. El Fiscal del Supremo no entiende el vasco.

BERTA Papá dijo el otro día que el Fiscal se hacía enviar una traducción de cuantos artículos se relacionaban con la Magistratura.

S. VAG. ¿De veras? Entonces hay para lucirse... ¡Bah! No hablemos de eso... ¿Cuántos seremos esta noche? ¿Guardas la lista?

BERTA Sí, mamá. (Va a cogerla de encima la chimenea y la lee:) El señor Presidente de la Audiencia... El señor Presidente de Sala...

S. VAG. Bien, bien; total nueve, ¿no es eso?

BERTA Sí, mamá, nueve.

S. VAG. Tener nueve invitados y no saber la hora exacta que van a venir... Nada tan molesto como estos ágapes que en honor del Presidente nos vemos obligados a dar al final de las sesiones. ¡Cenar después de la vista! Una ridiculez. En fin, ¡qué remedio! (Suspira.) ¿Y aun deseas casarte con un hombre de la Magistratura?

BERTA ¡Ay, no, mamá! (Con convicción.)

S. VAG. ¡Cuando pienso que hace dos años te dominaba esta idea!

BERTA Se desvaneció.

S. VAG. (Ligero suspiro.) Mírate en nuestro espejo... Ahí tienes a tu padre, Fiscal en una Audiencia de segunda clase, solo porque no ha sabido intrigar en política, y sin embargo es un hombre que vale... no hay que discutirlo... Y para defender a la so-

ciedad como él lo hace ¿qué sueldo le da el Gobierno? ¿Te has fijado en ese detalle?

BERTA ¡Lo has dicho mil veces, mamá!

S. VAG. Y no me cansaría de repetirlo... Pues si lo sabes, ya ves tú... Con esa miseria, anda y ofrece una cena de nueve cubiertos a otros tantos compañeros de Magistratura, so pretexto de dar una recepción en honor del Presidente. Y hay que resignarse, y sonreir, y hacer como quien se divierte ...(Suspiro.) ¡Qué mundo, hijita, qué mundo!

BERTA Papá el mejor día va a recibir su nombramiento deseado.

S. VAG. ¡Lo aguarda desde hace tanto tiempo!

BERTA Ahora es cosa hecha, puesto que se le había designado para la primer vacante; y el señor Lefebre acaba de fallecer...

S. VAG. ¡Quiera Dios que aciertes!... Si ahora también erramos el tiro... ¡qué remedio! Ya no salimos de Mauleon hasta que jubilen a tu padre... (Animándose.) Es inexplicable que no se consiga echar el guante al autor de ese crimen. ¡No daría poco juego!... Esta vez, al menos, podríamos pedir una pena capital. ¡La primera!

BERTA No hay que desesperar... Quién sabe si...

S. VAG. No te hagas ilusiones... ¿Qué hora tenemos?

BERTA Las siete.

S. VAG. Anda, procura que dispongan los cubiertos... No olvides que únicamente se escriben los cargos: Señor Presidente de... Señor Juez Instructor... Señor Magistrado... y así sucesivamente.

BERTA Habrá que escribir mucho.

S. VAG. La etiqueta curial. Aquí está tu padre. Ve, hija mía, procura que no hagamos un mal papel. Adiós. (Berta hace mutis. Entra Vagret en traje de etiqueta.)

ESCENA II

SEÑOR VAGRET y SEÑORA VAGRET.

S. VAG. ¿Terminó la sesión?

VAGRET No; al marcharme de la Sala mi substituto se había levantado para requerir...

S. VAG. Bien. ¿No ocurre nada nuevo?

VAGRET ¿Respecto al crimen? ¡Nada! Ha sido preciso soltar al vagabundo detenido.

S. VAG. ¡Es lástima!

VAGRET ¡Qué le vamos a hacer!

S. VAG. Pero... ese señor Delorme, tu juez de instrucción, ¿estás seguro que no se duerme en sus pesquisas?

VAGRET El hombre ...hace lo que puede.

S. VAG. (Animándose.) ¡Ah! si yo estuviera en su lugar... me parece que... Vaya, los jueces instructores tendrían que ser mujeres.

VAGRET (Sonriendo.) ¿Sabes lo que me pasa?

S. VAG. ¿Qué?

VAGRET Delorme me ha devuelto el sumario.

S. VAG. ¿Con qué, renuncia?

VAGRET Dice que está enfermo... Esta noche no viene... Realmente se encuentra acobardado por los ataques de la prensa... y teme el fracaso.

S. VAG. ¿Es cosa decidida?

VAGRET ¡Indudablemente! Se discreta, ¿eh? Aun no he divulgado la noticia.

S. VAG. Descuida. (Pausa breve.) ¿Trae algo el *Diario Oficial?*

VAGRET Sí. (Malhumorado.)

S. VAG. ¡Y no me lo decías!... ¿Algo que nos atañe?

VAGRET ¡Ah, no! A Gerard se le nombra abogado general.

S. VAG. ¿A Gerard?

VAGRET Sí.

S. VAG. ¡Esto es demasiado!... Pues... si era su-

plente en Luneville estando tú de substituto.

VAGRET Sí, sí... pero Gerard cuenta con un primo diputado... y contra eso ¿qué se puede hacer? (Breve silencio. La señora Vagret se sienta y lloriquea.)

S. VAG. ¡Qué negra suerte la nuestra!

VAGRET Vamos, calma, nada de afligirse...

S. VAG. (Gimoteando.) ¡Mi pobre Eduardo!... Ya sé que tú no tienes la culpa... haces lo que puedes... pero nada consigues, a causa de tu excesiva escrupulosidad. ¡Oh! no vayas a creer que lo censure... Lo que hay es que... una siente humillación al ver que por un cualquiera se te deja postergado... Dentro de poco vas a ser el decano de los fiscales ...

VAGRET ¿Yo? Quizá tengas razón... ¿Dónde está el Anuario?

S. VAG. (Lloriqueando.) Ahí. (Indica una mesilla.) Y a ese paso... se llega a la ancianidad...

VAGRET (Que habrá cogido el libro, lo arroja sobre la mesa sin consultarlo siquiera.) No llores más, no llores más. ¿Olvidas que se me designa para cubrir la vacante de Lefebre?

S. VAG. Ya lo sé.

VAGRET Cuento con la formal promesa del Presidente y del Fiscal del Supremo...

S. VAG. La del diputado es la que más te convendría... Hasta hoy no has hecho más que esperar el ascenso... Por lo visto hay que ir a su encuentro. Créeme, si no haces como los demás, quedas postergado para el resto de tu vida.

VAGRET Continuaré siendo lo que soy: un hombre honrado.

S. VAG. Precisamente porque lo eres debes esforzarte en llegar al sitio que te corresponde.

VAGRET Mucho hay de verdad en lo que dices... (Después de breve pausa.) Aun no te lo he dicho todo.

S. VAG. Qué... ¿otra cantárida?

VAGRET Courtin... ¿sabes? ha sido nombrado magistrado en Amiens.

S. VAG. (Furiosa.) ¿Courtin?... ¿Courtin, el idiota?...

VAGRET Sí. (Resignado.)

S. VAG. ¡Esto es inconcebible!

VAGRET ¡Qué le vamos a hacer!... El nuevo Guarda-Estampilla es paisano suyo... le protege. Contra eso ¿qué?

S. VAG. Sí, sí, nunca faltan motivos... ¡Courtin! ese negado... ese acémila... ¡Oh! ¿qué hará ahora su mujer escribiendo juzgado con *g*? Sólo se preocupará de lucir su sombrero amarillo. (Riendo nerviosamente.) ¿No te acuerdas de su sombrero de papagayo?

VAGRET No.

S. VAG. (Despechada.) El pobre marido es quien debería llevarlo ese color... de pajarraco bufón. ¡Imbécil!... ¡Intrigante!

VAGRET Laura, eres injusta...

S. VAG. (Agitada.) Lo sé... lo sé, pero esto me alivia.

ESCENA III

Dichos y CATALINA.

CATALINA (Trae un paquete voluminoso.) Señora, ¿dónde guardo este paquete que hemos sacado del armario?

S. VAG. ¿Qué paquete es ese?

CATALINA La señora sabrá... Esta mañana lo sacamos del armario ropero.

S. VAG. (Recordando.) ¡Ah, sí, sí!... Llévelo a mi habitación... No, traiga, yo misma lo llevaré. Puede usted retirarse.

CATALINA Bien, señora. (Mutis.)

ESCENA IV

SEÑOR VAGRET y SEÑORA VAGRET. Más tarde BERTA.

S. VAG. (Oliendo el paquete. A sí misma.) Hice bien cargándola de naftalina... La polilla se la habría comido antes de que hicieras uso.

VAGRET ¿Qué es ello? (La señora Vagret coloca el paquete sobre la mesa y lo desenvuelve.)

S. VAG. ¡Mira!

VAGRET ¡Ah, sí... mi toga roja! La que te apresuraste a comprar... hace dos años.

S. VAG. Sí, y por esta vez es Gancard quien te ha escamoteado el ascenso.

VAGRET ¡Qué le vamos a hacer!... Gancard es cuñado de un senador. Contra eso ¿qué? Es muy natural que los Gobiernos aseguren sus mayorías...

S. VAG. ¡Y pensar que nunca hemos sabido descubrir un mal pariente diputado o senador!

VAGRET (Por la toga.) Llévate eso... anda, me da pena... (Le devuelve la toga que había desplegado.) Ahora quizás no me sentaría bien.

S. VAG. ¡Oh! Esos chirimbolos sientan bien a cualquiera.

VAGRET Voy a probar. (Se quita el smoking.)

S. VAG. ¡Y lo importante es que aumentan la nómina!

VAGRET (Contemplando la toga, ligeramente apenado.) ¡Nuevecita aún! (Aparece Berta y Vagret trata de ocultar rápidamente la toga.) ¿Quién es?

BERTA Soy yo, papá.

VAGRET (¡Me asustó!)

BERTA (Fijándose en la toga.) ¡Ah!... ¿te han ascendido por fin?... ¿Has sido nombrado?

VAGRET Déjame en paz... y cierra con llave.

BERTA (Alborozada.) ¡Ah, sí, sí! Papá ha sido nombrado... ¿verdad?

S. VAG. Anda, cierra, hijita... ¡No, no hay tal ascenso!

VAGRET (Con la toga puesta y contemplándose satisfecho.) ¡Ah! ¡Si de este modo pudiera pedir la cabeza del asesino de Yrisarry!... Quien ideó esta vestidura no sería un botarate. Esto impone al Jurado y al propio delincuente... Uno se crece aquí dentro, toma brío, y el ademán resulta más solemne... (Declamando ampulosamente ¡Señores magistrados!... ¡Señores jurados!... (Natural.) ¿Produciría efecto, ¿eh? mi acusación? (Ampuloso de nuevo.) ¡Señores magistrados! ¡Señores jurados! En nombre de la sociedad, de la que soy el verbo justiciero, en nombre de los sagrados intereses de la humanidad, en nombre de los eternos principios, e inspirado por mi derecho tanto como por mi deber, me levanto... (Mímica adecuada.) me levanto para pediros el ejemplar castigo del monstruo que tenéis ante vuestra vista...

S. VAG. ¡Qué bien hablas! (El señor Vagret, después de encogerse de hombros, respira, y sin decir palabra, se quita la toga y la entrega a su mujer.)

VAGRET Toma... guárdala.

S. VAG. Han llamado.

BERTA Sí.

S. VAG. ¡Retira eso! (A Berta.)

BERTA Bien, mamá. (Hace un paquete de la toga y se dispone a salir.)

S. VAG. Berta.

BERTA ¿Mamá?

S. VAG. Vuelve a poner naftalina... mucha naftalina; no vaya a polillarse. (Berta vase. Entra Catalina.)

ESCENA V

SEÑOR VAGRET, SEÑORA VAGRET y CATALINA.

CATALINA (Entregando un fajo de periódicos.) Han traído esto para el señor. (Vase.)

VAGRET ¿Qué será? (Abre un diario.) El diario vas-

co *Eskual Herria*... ¿Eh? Un artículo señalado con lapiz azul... (Lee con dificultad.) «Eskual herri guzia, hamabartz égun huntan»... (A su mujer.) ¿Entiendes algo?

S. VAG. Hablan de ti... (Que estaba leyendo por encima del hombro.)

VAGRET No, mujer.

S. VAG. Sí... aquí. (Leyendo.) «Vagret fiscaldoreak galdegin...» (Hablado.) Aguarda un poco. (Va hacia el foro y llama.) ¡Catalina! ¡Catalina!

VAGRET ¿Qué te propones?

S. VAG. Catalina es del país, y nos lo traducirá... (A Catalina que reaparece.) A ver, léanos usted eso, que está escrito en vascuence...

CATALINA Sí, señora. (Lee:) «Eta gaitzegilea ozda oraino gakopian Yrisarryko.»

VAGRET ¿Qué quiere decir?

CATALINA Quiere decir que aun no ha sido detenido el asesino de Yrisarry...

VAGRET Ya lo sabemos. ¿Qué más?

CATALINA (Leyendo.) «Baginakien yadanik dona Mauleono tribunala yuye bourru arin edo tzarrenda koberechiazela...» (Hablado.) Quiere decir que en Mauleon solo hay jueces expulsados de otras partes que no sirven para nada... y son unos veletas...

VAGRET Está bien; vaya, basta.

S. VAG. No, no; continúe, Catalina.

CATALINA Hablan del señor.

S. VAG. (A. Vagret.) ¿Lo vés? (A Catalina.) Hablarán mal, ¿eh?

VAGRET (Estallando.) ¡Vaya, basta, he dicho!... (Quita el periódico a Catalina y se lo guarda machucado en el bolsillo.) Usted, a sus quehaceres; ¡pronto!

CATALINA Señorito... le aseguro que no le repetiría las demás cosas que hay escritas...

VAGRET Nadie se lo pide... Vaya usted.

CATALINA ¡Ya me lo figuré que se enfadaría el señor!... (Acción de marcharse.)

S. VAG. ¡Catalina!...

CATALINA Señora...

VAGRET (Furioso.) ¡Basta, basta! (Catalina hace mutis.)

ESCENA VI

SEÑORA VAGRET y SEÑOR VAGRET. Inmediatamente BERTA; después un CRIADO y BUNERAT, SEÑORA BUNERAT, LA BOUZULE y MOUZON.

S. VAG. A esa muchacha la despido mañana. Sabe más que nosotros... (Voces dentro.)

VAGRET Bien, pero...

S. VAG. ¡Calla! ¡Ah! Ahora sí que son los invitados... (A Berta que entra.) Anda, hija mía, a tus labores... Yo, a leer mi *Revista de ambos mundos*. (Los dos se instalan adaptando posturas adecuadas. Pausa breve.)

BERTA Cuánto tardan...

S. VAG. Esa señora Bunerat les estará entreteniendo con sus zalamerías...

CRIADO (Anunciando.) El señor La Bouzule... El bunal y la señora Bunerat.

S. VAG. ¡Oh! Mi querida amiga... (Apretones de manos y besos.)

CRIADO (Anunciando.) El señor Presidente del Trijuez señor Mouzon... (Cumplidos, muchos cumplidos, saludos y cortesías. Cada cual escoge un sitio y se acomoda.)

S. VAG. (A la señora Bunerat.) ¿Con qué ya tenemos otra sesión terminada?

S. BUNE.. A Dios gracias, querida amiga.

S. VAG. ¿No le sabrá mal a su marido, verdad?

S. BUNE. Ni al de usted tampoco, creo yo...

S. VAG. ¿Va a venir el Presidente?

BUNERAT Sí, señora Vagret, pero con retraso. Mañana a primera hora quiere salir de Mauleon, y aun le quedan infinidad de papeles a firmar... Calcule usted; ha terminado el juicio hace un instante. Cuan-

do vimos que llevaba trazas de prolongarse, mandamos a por nuestros trajes de recepción mientras el Jurado deliberaba... Luego, la toga puesta sobre el frak... para pronunciar el veredicto...

S. VAG. ¿Y qué sentencia ha recaído?

BUNERAT ¡ Absolutoria !

S. VAG. ¡ Otra más ! Esos jurados son unos imbéciles !

VAGRET ¡ Te expresas con una libertad !...

S. BUNE. No se disguste, señora... (La lleva al foro.)

BUNERAT (A Vagret.) Ya ve usted, otro veredicto de inculpabilidad... Y van tres dentro del cuatrimestre.

MOUZON Tres acusados en libertad por falta de pruebas aplastantes...

BUNERAT ¡ Una verdadera série negra !

BOUZULE ¿La habríais preferido roja, queridos colegas?

BUNERAT Es usted irónico, amigo La Bouzule... No es prudente bromear sobre un asunto tan serio...

BOUZULE No lo haría si vuestros acusados hubiesen caído bajo el peso de la Justicia.

MOUZON Ahora no se trata de esos acusados, sino de nosotros. Si usted cree que el supremo va a felicitarnos, se equivoca por completo.

BUNERAT ¡ Qué le importa a La Bouzule que en París se burlen del Tribunal de Mauleon !

BOUZULE Acertó usted, Bunerat, nada me importa... Como que la próxima semana voy a cumplir mis setenta y a pedir la jubilación... Nada he de esperar, pues, pero, con todo, me asiste el derecho de juzgar de acuerdo con mi conciencia... Aun pertenezco a la clase, ¡ qué diantre !... Pero no hay que enfadarse por eso. Sello los labios... y voy a dedicarme un rato a la lectura. (Va a sentarse a la izquierda y hojea el Anuario.)

BUNERAT Eso es... (A Vagret.) El Presidente de la Audiencia está furioso...

BOUZULE Esas contrariedades nada le favorecen, ¡claro!

VAGRET ¿Y mi substituto?

BUNERAT Apropósito de ese...

MOUZON El tiene la culpa de lo que pasa... Mire usted que empeñarse en demostrar circunstancias atenuantes...

BUNERAT ¿De dónde sale ese alcornoque?

VAGRET No es un negado, se lo aseguro... Ha ejercido de Secretario en la Conferencia de París, es doctor en Derecho... un muchacho de talento...

BUNERAT (Dudando.) ¿De talento?

VAGRET ¡De reconocido talento!

BUNERAT (Irónico.) Ya se ha visto. (Enojado.) Y aun que así fuera; cuando se tiene tanto talento uno se hace abogado... y se deja en paz la Magistratura.

S. VAG. (A La Bouzule, que se le habrá acercado.) Parece, señor La Bouzule, que toda la culpa del fracaso es del nuevo substituto...

S. BUNE. (A la Bouzule.) Cuéntenos eso, detalladamente...

BOUZULE Pues es el caso que... (Continúa en voz baja. Berta habrá entrado y va a juntarse al grupo en que está Vagret.)

MOUZON (A Bunerat.) Todo eso no adelantará el ascenso de ese pobre Vagret.

BUNERAT (Sonriendo.) Verdaderamente, Vagret ha caído en desgracia...

MOUZON Pero ¿es de veras que se haya pensado seriamente en él? Yo me resisto a creerlo. ¡Cuando tenemos en el Tribunal de Mouleon un hombre que por sus merecimientos!...

BUNERAT (Fingiendo no comprender.) No caigo... no. ¿A quién quiere usted referirse?

MOUZON Hablo de usted, señor Presidente de Sala.

BUNERAT (*Falsa modestia.*) Sí... en efecto, mi nombre ha sonado en el Ministerio...

MOUZON Y nadie le va a disputar el ascenso... ¡Bah! ¿Quién hace caso de Vagret?

CRIADO (*Anunciando.*) El señor Ardenil, substituto.

ESCENA VII

Dichos y ARDENIL.

ARDENIL (*A la señora Vagret.*) Dispénseme usted por mi tardanza. Hasta ahora he estado ocupadísimo.

S. VAG. Está dispensado, mayormente después del triunfo que, según dicen, acaba usted de conseguir.

ARDENIL ¡Oh, señora;

S. VAG. Un éxito que le envidiarían muchos abogados de fama... (*Todos se habrán ido separando de Ardenil.*)

ARDENIL Señora...

BOUZULE (*Tocándole ligeramente en la espalda.*) Joven... Siéntese usted a mi lado... se lo suplico. (*Se sientan.*) Vaya, voy a decírselo a usted sin rebozo... Con pocas sesiones como esa se hace usted destituir.

ARDENIL ¿Acaso se me destituiría por...?

BOUZULE Diantre... no es prudente singularizarse...

ARDENIL ¿Singularizarme? Pero... Usted mismo... en el Tribunal representa la independencia y la bondad...

BOUZULE Sí, de algún tiempo a esta parte me permito ese lujo.

ARDENIL ¡Cómo!

BOUZULE Sí, mi joven amigo. Porque sólo desde hace poco estoy curado de esa enfermedad que convierte a tantos hombres honrados en malos jueces. Y esa enfermedad es la fiebre del ascenso... Examine usted a los que nos rodean. Si no estuvieran infectados por ese microbio, serían hombres justicieros y benévolos en vez de magistrados serviles y crueles.

ARDENIL ¡ Qué exageración ! Yo creo que la Magistratura no es...

BOUZULE No es trivial, ciertamente. Entre nuestros cuatro mil magistrados no encontraríamos uno quizá, ¿lo oye usted? uno solo, ni entre los más humildes, ni entre los más pobres—sobre todo entre los más pobres y los más humildes,—capaz de admitir dinero para modificar su sentencia. Eso constituye la gloria y el monopolio de la Magistratura de nuestro país. Pero ¡ ay ! desgraciadamente, sé de muchos que se hallan dispuestos a ser complacientes y a capitular cuando se trata de ser gratos al elector influyente, o al cacique o al diputado... o al ministro que distribuye los cargos y las prebendas. El sufragio universal es el dios, y a la vez el tirano de los magistrados... De todo lo cual resulta que usted tiene razón y que yo no ando equivocado.

ARDENIL Nadie puede arrebatarnos nuestra independencia de criterio...

BOUZULE Cierto... pero nosotros mismos la sacrificamos.

ARDENIL Es usted un misántropo. Bien habrá magistrados que no se amoldarán a las exigencias... y que por nada en el mundo...

BOUZULE Sí ; los hay, afortunadamente. Son aquellos que no tienen necesidad o que no sienten ambición. Pero esté usted seguro de que esos resultan excepciones... y que el Tribunal de Mauleon, que tiene usted a la vista, representa... la mínima expresión de moralidad. ¿Qué exagero?... conforme... ¿Qué no hay en Francia cincuenta tribunales como éste?... bueno. ¿Qué no hay veinte?... Mucho mejor. Pero crea usted que basta con que haya uno... De todos modos resulta una desgracia... ¡ Ah ! joven... ¿qué idea tiene usted formada de la Magistratura?

ARDENIL Me da miedo.
BOUZULE ¿Habla usted seriamente?
ARDENIL ¡Y tanto!
BOUZULE Entonces... ¿por qué es usted substituto?
ARDENIL No es mía la culpa... Mis padres se empeñaron en hacerme seguir esta carrera...
BOUZULE Sí; la Magistratura es considerada como una carrera... es decir, que desde que uno entra en ella sólo se persigue una finalidad: ¡hacer fortuna, elevarse, medrar! (Pausa breve.)
ARDENIL Sería tan hermoso administrar justicia, dulcificada por la bondad...
BOUZULE (Después de una pausa.) ¿Quiere usted seguir el consejo de un hombre que ejerce, desde hace cuarenta años, de juez de tercera clase?
ARDENIL Gustosísimo.
BOUZULE Presente la dimisión. Se equivocó usted de ropaje. Sus ideas cuadrarían mejor envueltas en la sotana del cura.
CRIADO (Entrando.) De parte del señor Presidente del Tribunal. (Entrega una carta a la señora Vagret.)
VAGRET ¿No viene?
S. VAG. No. ¡No viene! (Después de haber leído.)
BUNERAT Me lo temía...
S. VAG. Dice que tiene jaqueca... Ha tomado el tren de las siete.
MOUZON ¡Es significativo!
S. BUNE. ¡Imposible demostrar su disgusto de una manera más clara!
BUNERAT ¡Claro! ¡Tres absolutorias!...
S. BUNE. A tenérselas que haber con abogados célebres, aun podría justificarse... (Las tres señoras van a sentarse en el foro.)
MOUZON Tres absolutorias... ¡El crimen de Yrissarry!... ¡Una estadística deplorable! Vivimos en el mejor de los mundos.
BUNERAT Usted ya me conoce, amigo Vagret, soy franco. Pues bien, noto que en su Fiscalía domina la blandura... Con Mouzon lo co-

mentábamos hace un instante al consultar los estados comparativos...

MOUZON El año no se presenta muy halagüeño, que digamos.

BUNERAT Y ya sabe usted que se trataba de hacer en favor nuestro una excepción a la regla general, elevándonos de categoría... Pues bien, el Tribunal de Mauleon no será promovido a segunda clase, como vaya disminuyendo el número de procesos.

MOUZON Es preciso demostrar que estamos enormemente ocupados...

BUNERAT Muchas de las causas que usted clasifica podrían facilitarnos materia para nuevas diligencias...

MOUZON Piense usted que en este año llevamos aplicados ciento diez y ocho años menos de cárcel que en el anterior.

BUNERAT Y sin embargo no puede achacarse la culpa al Tribunal. Defendemos con el mayor ahinco los intereses de la sociedad...

MOUZON Hay algo más; para que podamos condenar es preciso que usted nos suministre acusados...

VAGRET Tengo dadas órdenes severísimas para reprimir los delitos de contrabando, tan frecuentes en este país.

BUNERAT No está mal, pero... comprenda usted bajo qué punto de vista nos colocamos... amigo Vagret...

MOUZON Vamos a la cola de todas las Audiencias de nuestra categoría... Mire usted, tengo hecho un cálculo... (Saca un papel de su cartera y deja caer involuntariamente otros papeles que La Bouzule recoge.) Fíjese bien...

BOUZULE Que pierde usted sus papeles, Mouzon. ¿Es suyo este sobre?... (Lo lee.) «Carlos Benoit, oficial de marina, Hotel de la Estación, Burdeos.» Huele bien...

MOUZON (Azarado coge el sobre que La Bouzule le entrega.) Sí. Esta carta pertenece a un amigo mío...

BOUZULE ¿Y esto?... (Lee otro papel.) «El crimen de Yrissarry!»

MOUZON ¡Ah!... sí... es la traducción que ha hecho Bunerat del artículo que sobre el crimen de Yrissarry ha publicado el *Eskual Herria de hoy*. ¡Vaya un artículo... grosero! Dice que Mauleon es un Tribunal de disciplina, algo así como el penal de la Magistratura...

VAGRET Pero, vamos a ver, yo no puedo inventar ese asesino... que se obstina en no dejarse coger... Delorme ha enviado a todas las Salas los antecedentes que hemos podido recoger...

MOUZON ¡Delorme! ¿quieren saber mi opinión?... Pues que nuestro colega Delorme hace mal aferrándose a su idea de que el criminal es un vagabundo...

VAGRET Sin embargo, hay un testigo...

MOUZON Ese testigo miente o se equivoca.

BUNERAT Sí, un testigo que vió, en la mañana de autos, salir de casa de la víctima á varios gitanos...

MOUZON Repito que ese testigo miente o se equivoca y que el asesino no es ningún zíngaro...

VAGRET ¿En qué se funda usted?...

MOUZON Ya he dicho demasiado, mi querido fiscal... No he de insistir frente a mi colega Delorme...

VAGRET No, no, hable usted...

MOUZON En Burdeos, en el proceso de la «Bella Tolosana» que tanto ha dado qué hablar, obligué al acusado, con mis mañas, a hacer revelaciones que le llevaron a la guillotina.

VAGRET Aquí, entre nosotros, yo le ruego que nos explique en qué funda usted su opinión sobre...

MOUZON No olvidemos los hechos. En una casita aislada, como la mayoría de casas en este país, se encuentra, una mañana, exánime

en su lecho, a un anciano octogenario. Algunos mozos y pastores que duermen en un corral vecino, nada oyen, y ni ladran los perros. Se comete un robo, pero se roban únicamente efectos de valor... y a la vez desaparecen papeles de familia... Fíjense en este detalle... y en ese otro; la noche anterior había llovido; en el huerto de la víctima se descubren huellas de pisadas que son atribuídas al asesino, el cual, iba tan mal calzado que el pulgar de su pie derecho le salió del zapato... y Delorme parte de esa pista... recibe la declaración de un testigo que robustece su creencia y da por hecho que el asesino es un vagabundo. Yo digo que eso es falso; el asesino no es un vagabundo... La casa del crimen es una casa aislada... Se sabe positivamente que en un radio de dos o tres leguas, ningún pordiosero, mendigo ni caminante apareció ante del crimen a pedir limosna... Pues ese mendigo, o caminante, de ser el criminal, hubiera comido en el lugar del crimen, antes o después de haber dado el golpe. Ningún indicio se encuentra que permita creer eso... Vamos a una hipótesis; he aquí un hombre que llega extenuado de cansancio y hambriento... pide limosna y se la niegan... Entonces se oculta, y durante la noche roba y asesina... En la casa hay vino, hay pan, hay vituallas... pero el hombre se marcha sin catar un mal mendrugo... ¿Es esto verosímil? No digan que el hombre huye al verse sorprendido... de ningún modo, puesto que existe un testigo que afirma haberle visto la mañana siguiente á poca distancia de la casa... Y el crimen se cometió antes de la media noche... Vaya, si al juez Delorme, además de sus buenas cualidades, le ayudase la experiencia de estas cosas, sabría que una botella vacía,

un vaso, los restos de alimentos olvidados sobre una mesa, constituyen la huella que dejan en el sitio de sus fechorías los vagabundos asesinos.

BUNERAT En efecto... No ignoraba ese precioso detalle.

BOUZULE (A Ardenil en voz baja.) Ese haría condenar a un hombre, sólo para demostrar que nada ignora...

VAGRET Siga usted, siga usted...

MOUZON Poco he de añadir. Si el crimen ha sido perpetrado por un caminante, por un profesional de la mendicidad, no deja de chocar que ese extraño asesino siga el sendero que atraviesa la casa del crimen, en cuyo camino no ha de hallar ningún recurso, por ser pocas las casas y apartadas, cuando a dos pasos de ese camino está la carretera que conduce a varias aldeas y alquerías, hospitalarias por tradición... Una pregunta, y termino: ¿Por qué ese vagabundo roba papeles de familia, de ninguna utilidad para él, que pueden comprometerle a su primer encuentro con la gendarmería?... Vaya, señores, el culpable no es un vagabundo que pasa casualmente... Si queréis descubrirlo no hay que buscarle errante por los caminos, sino en la propia vecindad de la víctima... entre aquellos que, por ser parientes, amigos o deudores del muerto, tendrían interés en su desaparición.

VAGRET Muy bien observado...

BUNERAT Y yo digo que es admirable de lógica y de lucidez...

MOUZON Créanme ustedes... El proceso es sencillo. Si se me encargase la instrucción les garantizo que antes de tres días el culpable estaría bajo llave.

VAGRET ¿De veras? pues voy a darle una noticia. Delorme, que se halla algo enfermo, esta tarde me ha devuelto el sumario...

¿Quiere usted, desde ahora, encargarse del famoso crimen de Yrissarry?

BUNERAT ¡ Perfectamente !

MOUZON Acepto gustoso. Es mi deber obedecerle... Me ratifico en lo prometido. Dentro de tres días el asesino se hallará en poder de la Justicia.

BUNERAT ¡ Soberbio !

VAGRET Gracias por su promesa, en nombre de todos. No he de ocultarle que acaba de solucionar un grave conflicto... (A la señora Vagret.) El señor Mouzon se encarga de la causa y nos promete un resultado satisfactorio, antes de tres días.

S. VAG. Gracias, señor Mouzon.

S. BUNE. Sí, sí, un millón de gracias.

VAGRET Berta, avisa que nos sirvan... Y que suban los mejores vinos de la bodega... (Berta vase. A Mouzon.) Quiero beber por su futuro éxito, amigo mío...

BUNERAT ¡ Y yo por el honor que nos espera !

CRIADO (En el foro.) Cuando gusten los señores... (Los caballeros ofrecen el brazo a las señoras y pasan al comedor.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Despacho del Juez Instructor Mouzon. Puerta en el foro y a la derecha segunda. A la izquierda dos mesas-escritorio, la del Juez más lujosa, naturalmente, que la del escribano. Estanterías, librería, sillones y una silla.

ESCENA PRIMERA

El ESCRIBANO, después el UJIER, más tarde MOUZON.

(Al levantarse el telón el Escribano, arrellenado cómodamente en el sillón del Juez, toma café. Entra el Ujier.)

ESCRIBA. ¿Qué ocurre?

UJIER Ya está ahí el señor juez.

ESCRIBA. ¿Tan pronto?

UJIER Regresó anoche de Burdeos... Parecía fatigado...

ESCRIBA. Un juez de Mouleon siempre llega fatigado de Burdeos...

UJIER Eso ¿por qué?

ESCRIBA. ¡Qué sé yo! (Después de una pausa.)

UJIER ¿Será por el proceso de Yrissarry que vuelve tan pronto?...

ESCRIBA. Probablemente. (Sin dejar de hablar habrá ido colocando el servicio de café dentro de una estantería y va a sentarse en su sitio de la mesa del foro. Entra Mouzon.)

UJIER ¡Señor juez! (Saluda con una reverencia y vase.)

ESCRIBA. (Se pone de pie y muy afectuoso.) ¡Buenos días, señor juez!

MOUZON Buenos días, Benoit. ¿Ha citado usted a alguno que tenga relación con el proceso de Yrissarry?

ESCRIBA. He citado únicamente al oficial de la gendarmería, al detenido y a su mujer.

MOUZON Vengo fatigadísimo, amigo mío... y con una jaqueca... ¿Me llamó el fiscal?

ESCRIBA. No, señor.

MOUZON ¿Ha venido algún telegrama para mí?

ESCRIBA. No, señor.

MOUZON ¡Ah! ¡Dios mío! (Suspiro.)

ESCRIBA. ¿Se encuentra usted mal?

MOUZON No, pero... he pasado un disgustillo en Burdeos...

ESCRIBA. ¡Ya! (Malicioso.)

MOUZON (¡Malditas mujeres!) (Al Escribano.) ¿Ha traído algo el cartero? (Fijándose en los sobres de las cartas que tiene encima de la mesa.) ¡Ah! ¡Ah! Vendrán de París las noticias respecto a la mujer del detenido Obertal y los informes judiciales del marido. (Entra el Ujier con una tarjeta en la mano.) ¿Quién viene a molestarme? (Amable después de leer la tarjeta.) ¡Ah!... (Al Escribano.) ¿Quiere usted salir un momento?

ESCRIBA. Ya lo creo, señor Juez. (Vase.)

MOUZON (Al Ujier.) Ese señor, que pase. (Coge un legajo y afecta examinarlo atentamente. Entra Mondoubleau.)

ESCENA II

MOUZON y MONDOUBLEAU.

MONDOU. Pasaba, y se me ha ocurrido subir a saludarle... ¿No le distraigo al menos?

MOUZON (Sonriendo y cerrando el legajo.) Un juez instructor, usted lo sabe, mi querido diputado, tiene regularmente el tiempo ocupadísimo... pero siempre le es grato recibir visitas como la de ahora... Siéntese usted... Hágame el favor.

MONDOU. Permaneceré aquí algunos minutos. (Se sienta.) Y ¿qué novedades hay respecto al crimen de Yrissarry?

MOUZON Nada concreto hasta ahora... Interrogué al detenido... Tiene mal aspecto y se defiende con poca habilidad... Lo negó todo y se puso furioso... hasta el punto de verme obligado a encerrarle de nuevo sin haber puesto nada en claro. Desde hace seis días le tengo incomunicado.

MONDOU. ¿Tiene usted la completa seguridad de haber dado con el verdadero culpable?

MOUZON Seguridad... completa, no; pero mucho me sorprendería equivocarme.

MONDOU. Ayer vi a Delorme, que está algo mejor.

MOUZON Lo sé. Según él, el asesino es un vagabundo. Terquedades como esta ocurren con frecuencia a los jueces instructores... Nos aferramos a nuestra primera idea y no hay medio de convencernos. Afortunadamente sé substraerme a este defecto profesional... Aguardo ahora el resultado de las indagaciones de la Gendarmería... Luego interrogaré a Obertal, y si en todo eso no veo claro... ¡qué remedio! decretaré su excarcelación y a buscar a otra parte. Pero vaya, creo haber dado con una buena pista.

MONDOU. Delorme es un juez antiguo, muy perspicaz, y no he de ocultarle a usted que las razones que él aduce...

MOUZON Reconozco sus dotes de inteligencia... y no puedo decir abiertamente que se equivoca... Tendré la certeza cuando conozca los antecedentes del detenido y haya podido demostrar de una manera evidente el móvil que le indujo a cometer el hecho. Al entrar usted me disponía a abrir mi correspondencia. He aquí una carta del Juzgado de Pau; es el informe judicial de nuestro hombre... (Coge un corta-papel para abrir el sobre.)

MONDOU. Tiene usted ahí un corta-papel muy caprichoso.

MOUZON ¡Ah, sí!... eso es la hoja del cuchillo con

que asesinaron en Burdeos a la «Bella Tolosana»... Un arma magnífica, ¿eh? Me la hice arreglar para corta-papeles... (Abre el sobre.) ¡Qué tal!... eso es... Cuatro condenas por atropello y lesiones... Vea usted...

MONDOU. ¡Cuatro condenas!

MOUZON Va resultando interesante... Por otra parte, nada he desatendido ni olvidado... Supe que su mejer Adriana...

MONDOU. ¿Es esa que he visto en el pasillo, hace un momento?

MOUZON Sin duda. La hice citar como testigo... Luego la interrogaré...

MONDOU. Tiene el aspecto de buena mujer.

MOUZON Puede. Me enteré de que antes de casar con Obertal había vivido en París... y he mandado pedir informes. Aquí estarán... (Abre el sobre de otra carta y sonríe.) Pues mire usted, con su aspecto de buena mujer... ha sufrido una condena de un mes de cárcel, por encubridora...

MONDOU. ¿Eh?

MOUZON Voy a enterarme del resultado de una investigación que extraoficialmente encargué al teniente de la Gendarmería... Veremos, veremos.

MONDOU. ¿Cree usted que pueda aportar algo nuevo?

MOUZON ¿Se interesa usted?... Pues voy a recibirle en su presencia. (Va hacia la puerta, hace un seña y vuelve a sentarse.) Tenga usted en cuenta que yo nada afirmo... Está en lo posible que Delorme haya visto más claro... (Entra el Teniente de Gendarmería.)

ESCENA III

Dichos y TENIENTE.

TENIENTE Buenos días, señor Juez.

MOUZON Buenos días, Teniente... Puede usted hablar delante del señor...

TENIENTE (Saludando.) Señor diputado...
MOUZON ¿Qué hay?
TENIENTE Ya está. ¡Es él!
MOUZON (Después de dirigir una mirada a Mondoubleau.) No nos precipitemos... Calma, mucha calma... ¿En qué funda usted su afirmación?
TENIENTE Va usted a ver. Ante todo, pesan sobre el detenido cuatro condenas.
MOUZON Lo sé; adelante.
TENIENTE Después... hará unos quince años, compró al tío Goyetche, la víctima, una viña, pagadera en calidad de renta vitalicia...
MOUZON Bien.
TENIENTE Quejábase a menudo de haber hecho una mala adquisición y acusaba al tío Goyetche de estafador.
MOUZON Perfectamente.
TENIENTE Hace cinco años el detenido había vendido dicha viña.
MOUZON ¿De modo que desde hace cinco años pagaba una renta vitalicia a la víctima, y sin embargo la viña ya no le pertenecía?
TENIENTE Cabal.
MOUZON Continúe.
TENIENTE Después de su detención, las lenguas se han desatado... y una vez sueltas, los vecinos hablan...
MOUZON Así suele ocurrir.
TENIENTE He oído a un testigo, la joven Genoveva Mendiona, a la que Obertal dijo un día: «Es verdaderamente irritante verme obligado a entregar dinero a ese viejo ladrón.»
MOUZON Aguarde... Dice usted la joven Genoveva...
TENIENTE Mendiona.
MOUZON (Escribiendo.) «Mendiona... Verdaderamente irritante... dinero a ese viejo ladrón...» Buen dato. ¿Qué más?
TENIENTE Tengo otro testigo, Pedrín Ortola...
MOUZON (Escribiendo.) «Pedrín Ortola...»

TENIENTE Hará cosa de dos meses díjole Obertal, refiriéndose al tío Goyetche: «Mentira parece que a ese, Dios le haya olvidado.»

MOUZON (Escribiendo.) «Le haya olvidado...» Muy bien. ¿Esto es todo lo que usted sabe?

TENIENTE Aproximadamente, señor juez.

MOUZON ¿En qué época Obertal tenía que satisfacer la próxima anualidad al tío Goyetche?

TENIENTE Ocho días después de la Ascensión.

MOUZON Es decir, ocho días después de ocurrido el crimen...

TENIENTE Eso es.

MOUZON (A Mondoubleau.) Singular coincidencia. (Al Teniente.) ¿Obertal vivía desahogadamente?

TENIENTE Al contrario, pasaba algunos apuros. Hace tres meses pidió prestados ochocientos francos a un negociante en guanos, de Mauleon.

MOUZON Y... ¿qué dicen los vecinos?

TENIENTE Dicen que Obertal era cazurro, adusto, avaro, y no se han sorprendido al enterarse de que pudo ser él quien diera el golpe... Al revés de su mujer, Adriana... A esa se la tiene como modelo de esposas y de madres...

MOUZON (Sonriendo.) ¡Ya! ¿Cuántos hijos?

TENIENTE Dos... Jorge y... otro cuyo nombre no recuerdo.

MOUZON ¿En cuanto a la conducta de esa mujer?...

TENIENTE Irreprochable.

MOUZON Está bien.

TENIENTE Se me olvidaba... Uno de mis guardias, de los que practicaron la captura, ha dicho que Obertal al verles llegar, dijo a su mujer: «Me pescaron.»

MOUZON (Escribiendo.) «Me pescaron.» Eso no deja de ser importante.

TENIENTE Añadiendo en vasco: «No digas a nadie que salí la noche pasada.»

MOUZON ¿Y eso lo dijo en presencia del gendarme?

TENIENTE No, señor juez... El gendarme se hallaba fuera, próximo a una ventana abierta... Obertal no podía verle.

MOUZON Haga usted citar a ese guardia.

TENIENTE Perfectamente, señor juez. Hay también ese testigo de descargo... Bridet...

MOUZON ¡Ah, sí!, ya he leído la declaración que prestó ante usted... no tiene importancia. Pero en fin, si está ahí le oiré de nuevo... Mil gracias, Teniente. De todo eso envíeme un parte detallado... y mande citar a los demás testigos.

TENIENTE Así se hará, señor juez. (Saluda a Mouzon y a Mondoubleau, y vase.)

ESCENA IV

MOUZON y MONDOUBLEAU.

MONDOU. Decididamente Delorme resulta un imbécil.

MOUZON (Sonriendo.) Me guardaría muy mucho de afirmarlo.

MONDOU. ¡Es admirable, admirable la habilidad de usted!...

MOUZON Admirable... no; le aseguro que ...

MONDOU. ¿Cómo llegó usted a sospechar de Obertal?

MOUZON Existen dones especialísimos. Las pesquisas, hasta dar con un culpable, resultan un arte... Quiero decir, que un buen juez instructor debe guiarse menos por los propios hechos que por cierta inspiración íntima.

MONDOU. ¡Admirable, lo repito! ¿Y ese testigo de descargo?

MOUZON Creo que resultará un testigo falso.

MONDOU. ¿En qué se funda usted?

MOUZON Puesto que se empeña en acusar a infe-

lices vagabundos... Además, ese Bridet, realizaba algún negocio con Obertal. Ya sabe usted que los vascos nos miran con cierto recelo y no tienen como pecado hacernos creer en un juramento falso...

MONDOU. Entonces, no aceptó usted nunca la hipótesis de su predecesor...

MOUZON ¡Los vagabundos!... ¡Los desheredados!... Sé hasta donde llega el amor que siente usted por esos infelices, y compenetrado de su altruismo, no he querido dirigir mis sospechas, única y exclusivamente, contra esos infortunados, faltos de asilo y de pan.

MONDOU. ¡Bien!... ¡bravo!... Me admira ver que no sólo es usted un juez hábil e inteligente, sino que además profesa mis opiniones políticas...

MOUZON ¡Y con orgullo! ¡No faltaba más!

MONDOU. Espero que en lo sucesivo el Diario vasco dejará de combatirle...

MOUZON Lo dudo.

MONDOU. Sería lógico...

MOUZON ¡Oh, no! Ese periódico es enemigo de usted... y como yo ostensiblemente defendí su candidatura, de ahí que se haga pagar al funcionario las opiniones del ciudadano...

MONDOU. Lo lamento... y muy de veras le doy las gracias, amigo señor Mouzon... Siga usted... pero, mucha prudencia... mucha cautela... día llegará en que... (Fijándose en un legajo de la mesa.) Diga usted, ¿qué clase de hombre es el fiscal?

MOUZON ¿Quién, Vagret?

MONDOU. Sí.

MOUZON Pues... un magistrado recto, asiduo... hasta puntual...

MONDOU. No, no; quiero decir bajo qué punto de vista político...

MOUZON ¡Ah!... No hay que tenerle ojeriza por el hecho de militar en un campo diame-

tralmente opuesto al nuestro... Eso aparte, es un hombre de bien.

MONDOU. Un espíritu restringido... (Se fija de nuevo en el legajo de la mesa de Mouzon.) Veo aquí precisamente, el sumario Bouchard. ¡ Oh ! crea usted que no hay por dónde cogerse en este asunto... Conozco mucho a Bouchard, como que es uno de mis mejores agentes electorales, y puedo afirmar a usted que es incapaz de haber incurrido en la falta que se le imputa... Recomendé el asunto al señor Vagret y veo, sin embargo, que la causa sigue su curso...

MOUZON Por mi parte, sólo puedo prometerle estudiar el asunto con especial cuidado...

MONDOU. Gracias ; se lo estimo... y no he de cometer la ligereza de insistir... (Levantándose.) Vaya, no quiero robarle más tiempo... Animo, ¿eh? ¡ mucho ánimo !...

MOUZON Hasta la vista. (Apretón de manos. Mutis Mondonbleau.) Creo que se marcha bien impresionado de mí... (Sonriendo.) Ahora todo consiste en lograr que ese Obertal confiese... cuanto más pronto mejor... (Entra el ujier trayendo un telegrama.)

ESCENA V

MOUZON, UJIER y ESCRIBANO.

UJIER Señor juez, un telegrama.

MOUZON Traiga. Está bien. (Vase el ujier. Mouzon lee.) «Mimi continúa detenida. Legajo proceso de ayer remitido a Fiscal Supremo. *Luciano.*» (Hablado.) Esto me faltaba, voto a... (Pausa. Se pasea intranquilo.) ¡ Ah ! ¡ malditas mujeres !... (Otra pausa.) En fin, hay que trabajar. (Va al foro y llama al escribano.) Benoit. (Sentado, entregando un legajo al escribano.) Extienda usted para ese Bouchard un decreto de «no ha lugar» y la orden de po-

nerle en libertad inmediatamente. Eso lo hará usted durante el interrogatorio. Empecemos; son las dos y nada hemos hecho aun... ¡Vivo, vivo! ¿Qué aguarda usted?... Haga entrar al famoso testigo de descargo y terminemos... ¿Obertal está ahí?

ESCRIBA. Sí, señor juez.

MOUZON ¿Y su mujer también?

ESCRIBA. Sí, señor...

MOUZON Ande pues... ¿Por qué me mira usted así? ¿Tengo monos en la cara?... Pronto, que entre...

ESCRIBA. ¿Quién, Obertal? (Algo amoscado.)

MOUZON No, hombre, no, el testigo de descargo... (Levantando la voz.) ¡El tes-ti-go de des-car-go! ¿Me ha comprendido usted?

ESCRIBA. (Desde la puerta, furioso.) ¡Bridet!... Vaya, Bridet... ¿Es usted sordo? Entre. (Brutal.) Aprisa, hombre... (Bridet entra.)

ESCENA VI

BRIDET, MOUZON y el ESCRIBANO.

BRIDET Señor juez, vengo a decirle...

MOUZON ¡Silencio!... Hablará usted cuando se le interrogue. (Rápidamente.) Su nombre, apellido, edad, profesión, domicilio...

BRIDET Juan Pedro Bridet, 38 años, fabricante de alpargatas en Baigorry...

MOUZON (Con más rapidez. ¿Jura usted decir la verdad, nada más que la verdad? Diga: Lo juro. ¿Es usted pariente del acusado, está usted a su servicio o él al de usted?... (Al escribano.) Ha dicho, lo juro.

BRIDET Sí, señor juez.

MOUZON Hable usted. (A Bridet. Pausa breve.) Vamos, hable usted...

BRIDET Aguardo a que se me interrogue...

MOUZON ¿Qué interés le induce a tomar la defensa de Obertal?

BRIDET ¿Interés?...

MOUZON Sí, sí... ¿no me comprende usted?

BRIDET Sí, señor... Pues... ningún interés...

MOUZON ¿Ninguno?... ¿De veras? ¿Eh? ¿Ninguno?... Quiero creerle... (Muy severo.) Sin embargo, he de recordarle que hay un artículo en el Código que castiga con reclusión las falsas declaraciones. Ahora que sabe a lo que se expone ya le escucho.

BRIDET (Desconcertado.) Venía a decirle que... el tío Goyetche... fué asesinado por unos vagabundos que habían pasado la frontera y bajado del monte...

MOUZON ¿Está usted seguro?

BRIDET Lo supongo...

MOUZON Aquí no se vienen con suposiciones. Cuénteme usted lo que haya visto u oído... Es cuanto se le pide.

BRIDET Pero si a cada instante da uno de narices con esa caterva de vagabundos... Sin ir más lejos, el otro día desbalijaron un estanco... Eran tres...

MOUZON ¿Eh?... ¿Ha venido usted aquí para burlarse de la Justicia?

BRIDET ¿Yo?... pero, señor...

MOUZON (Más severo.) ¡Le pregunto si ha venido aquí para burlarse de la justicia!

BRIDET ¡Oh! ¡no, señor juez!

MOUZON Más vale así, de lo contrario lo pasaría usted mal... Me ha comprendido, ¿eh? ¿Lo oye usted?

BRIDET Sí, señor.

MOUZON ¿Esto es cuanto tenía que decir?

BRIDET No, señor.

MOUZON Entonces hable, por todos los diablos, y no me haga perder el tiempo... ¿Se ha figurado que no tengo más que hacer sino oir sus chinchorreos y habladurías? Vaya, hable usted.

BRIDET Pues verá... El día siguiente al de la As-

censión, digamos el lunes... no, el viernes...

MOUZON ¿En qué quedamos... el lunes o el viernes?

BRIDET El viernes... bueno, pero como era el siguiente día al de la fiesta... parecía lunes... En fin, el día en que se encontró asesinado el tío Goyetche, yo ví salir de su casa a unos vagabundos...

MOUZON ¿Se hallaba usted cerca de la casa?

BRIDET No, cruzaba el camino...

MOUZON Después que salieron, ¿cerraron la puerta con llave?

BRIDET No lo sé, señor.

MOUZON ¿Por qué afirma que les vió salir?

BRIDET Les ví salir... de la pradera que rodea la casa...

MOUZON Y... ¿qué mas?

BRIDET Esto es todo.

MOUZON (Echándose hacia atrás en el sillón.) ¿Y para eso ha venido a molestarme?... ¿eh?... Conteste...

BRIDET Pero, señor Juez... le suplico que me dispense. Yo creí que... Vaya, dispénseme usted.

MOUZON Aguarde. ¿Cuántos eran esos vagabundos? Piénselo usted bien... y no se equivoque.

BRIDET Cinco.

MOUZON ¿Está usted seguro?

BRIDET Si, señor.

MOUZON (Irónico.) ¡Qué raro! En su primera declaración dijo usted que eran cinco... o seis. Luego está usted más seguro de un hecho después de transcurrido un mes que el mismo día de haber declarado... Esto aparte, no está usted seguro de si el hecho ocurrió el lunes o el viernes, ni de si los vagabundos salían de la casa o cruzaban el campo tranquilamente... (Severo.) Diga usted, ¿conoce al detenido Obertal?... ¿Le conoce usted?

BRIDET — Sí, señor.

MOUZON — ¿Está usted en relaciones comerciales con él? ¿Le vendía usted carneros?

BRIDET — Sí, señor.

MOUZON — Me basta. Puede usted retirarse.

BRIDET — Sí, señor.

MOUZON — Y dése por satisfecho que le deje marchar así...

BRIDET — Bien.

MOUZON — En lo sucesivo, antes de solicitar ser oido como testigo de descargo, le aconsejo que lo medite mejor...

BRIDET — Descuide usted, señor Juez... Juro que no me pillarán en otra...

MOUZON — Firme usted su declaración y váyase. (Mientras Bridet firma.) Si no abundaran los complacientes o chismosos de su calaña, no habría que lamentar tan a menudo las vacilaciones y retardos achacados a la Justicia y de los que ella no es responsable casi nunca...

BRIDET — Verdad, señor Juez.

MOUZON — (Al Escribano.) Que entre Obertal. (Bridet deshaciéndose en saludos, se marcha. El escribano sale detrás de Bridet y luego vuelve a entrar acompañado de Obertal. Detrás de éste aparecen dos gendarmes que permanecen en el quicio de la puerta.)

ESCENA VII

MOUZON, ESCRIBANO, OBERTAL

ESCRIBA. — Acérquese. (A Obertal.)

MOUZON — (Al escribano.) Escriba usted. (Muy rápidamente farfullando lo que le redacta.) «Año 1909 etcétera. Ante mí, Mouzon, juez instructor, asistido por... etc.... etc... comparece el llamado Juan Pedro Obertal, cuya primera comparecencia contra el proceso verbal etc., etc. Considerando que el letrado defensor, convenientemente llama-

do por citación certificada no se halla presente ni excusa su falta de asistencia...

OBERTAL ¡Cómo! ¿Mi abogado no está ahí?

MOUZON A su abogado se le citó... y no ha comparecido. Le retendrán otros clientes...

OBERTAL ¡Claro! Yo no puedo pagarle a buen precio.

MOUZON Eso no me incumbe; se le citó. Aquí tiene usted su acuse de recibo... Dejó de venir... Pues adelante. (Al Escribano.) «Por consiguiente etc., etc., se procede al interrogatorio de Juan Pedro Obertal, etcétera.» (A Obertal.) Vamos a ver, Obertal. Cuando su primera comparecencia rehusó usted contestarme... Se le subió el santo al cielo y, contra mi voluntad, me obligó a recordarle el respeto que se debe a la Justicia. ¿Quiere usted hablar ahora?

OBERTAL Sí, señor Juez.

MOUZON ¡Ah!... veo con agrado que se aplacaron los nervios.

OBERTAL Sí; he reflexionado. Quiero salir de aquí lo antes posible.

MOUZON Si yo no deseo otra cosa que ponerle en libertad... Siéntese usted... Y ante todo le recomiendo que no se obstine en achacar el crimen a esos vagabundos imaginarios. El llamado Bridet, con quien está usted en relaciones comerciales, ha pretendido, por instigación de usted sin duda, hacernos aceptar como real y positiva esa fábula... Le advierto que no lo ha conseguido...

OBERTAL Ignoro lo que haya podido decirle Bridet...

MOUZON ¡Ah! ¿le desautoriza?... Vaya, es usted mucho más inteligente de lo que creí... ¿Fué usted, verdad, fué usted quien asesinó al tío Goyetche?

OBERTAL No, no señor.

MOUZON ¿Tenía usted interés en su muerte?

OBERTAL En modo alguno.

MOUZON ¿De veras?... Pues yo me figuraba que usted tenía que pasarle anualmente una renta vitalicia...

OBERTAL (Después de una ligera vacilación.) Sí, señor.

MOUZON Entonces... usted tendría interés en deshacerse de él... (Pausa.) ¿No contesta?... Continuemos. Dijo usted a un testigo, a Genoveva Mendiona: «Es verdaderamente irritante tener que entregar dinero a ese viejo ladrón.»

OBERTAL (Sin convicción.) No es verdad.

MOUZON ¿Qué no es verdad? ¿Mintió el testigo? ¿Eh?

OBERTAL No sé...

MOUZON ¡Qué no lo sabe! (Pausa.) Entonces ¿por qué dijo usted a otro testigo, al llamado Pedrín Artola, por qué le dijo usted, refiriéndose a su acreedor: «Mentira parece que a ese, Dios le haya olvidado?»

OBERTAL Yo nunca he dicho eso.

MOUZON ¿Qué no ha dicho usted eso?... ¿También ese testigo miente?... Vaya, Obertal ¿por qué ese empeño en seguir negando?... ¿Eh?... ¿Acaso no se vé todo claro?... Es usted avaricioso, interesado...

OBERTAL ¡Hay que afanarse tanto para atender a la vida!...

MOUZON Es usted violento... se embriaga de tarde en tarde... y entonces resulta usted peligroso... Ha sido condenado cuatro veces por riñas y lesiones... Como va apareciendo la verdad ¿eh? ¡Bah! Usted estaba harto de tener que pagar, sin provecho, una anualidad crecida a ese anciano... El vencimiento de la anualidad estaba al caer, y usted se encontraba apurado de dinero... La vida del tío Goyetche se prolongaba demasiado... y resolvió usted asesinarle... Esto salta a la vista... Es verdad ¿eh?

OBERTAL ¡Yo no le asesiné! (Dominándose.)

MOUZON ¿Pagó usted a alguien para que cometiera el crimen?

OBERTAL Nada tengo que ver con su muerte... Y en cuanto a eso de pagar a alguien... usted mismo asegura que me encontraba apurado de dinero...

MOUZON Entonces... ¿obró usted por su propio impulso?...

OBERTAL ¡Falso, falso!

MOUZON Piense usted que... tarde o temprano confesará... Por de pronto, se defiende malísimamente...

OBERTAL Si levantase la voz diría usted que trato de representar una comedia...

MOUZON Repito que tarde o temprano se declarará convicto y confeso... Empiezo ya reconociendo hechos que resultan cargos graves contra usted...

OBERTAL Digo la verdad, y la digo sin preocuparme de las consecuencias.

MOUZON ¡Pues... debería preocuparse, porque pueden serle fatales!

OBERTAL ¡No me asusta la muerte!

MOUZON Para los demás... al menos.

OBERTAL Ni para los demás, ni en cuanto a mí.

MOUZON Tanto mejor. Pero es usted vasco, buen católico... ¡Tras de la muerte está el infierno!...

OBERTAL ¡No le temo, porque no hice daño a nadie!

MOUZON ¡Está la deshonra que caerá sobre sus hijos! ¿Les quiere usted mucho a sus hijos? Diga... Los pobrecillos reclaman a su padre. Ellos le aman porque aun ignoran...

OBERTAL (Rompiendo a llorar.) ¡Oh! ¡Mis pobres hijos! ¡Mis pobres pequeñuelos!...

MOUZON Veo que no se extinguieron en su corazón los buenos sentimientos... Créame, Obertal, el Jurado le agradecerá su confesión, y tendrá en cuenta su arrepenti-

miento... No le impondrá la última pena... ¡qué diablo! Aun es usted joven... y tiempo le queda para expiar su crimen. Luego volverá a ver a sus hijos, que le habrán perdonado... Vamos, no se obstine usted... Confiese. (Se habrá ido acercando a Obertal, poniéndole la mano sobre el hombro y continúa con mucha dulzura.) Vaya, ¿es verdad? Si la emoción no le deja hablar... indique usted que sí con un gesto... ¿Es verdad, eh?... Lo sé, lo sé. ¿Decía usted?... No le oigo... levante la voz... Ha sido usted ¿no es cierto?... ¿Es usted?

OBERTAL (Continúa sollozando.) No, no he sido yo, no... ¡Le juro que no he sido yo!... ¡Se lo juro!

MOUZON (Con dureza. Volviendo a su sitio.) Déjese de juramentos... ¡Lo único que me interesa es que diga la verdad!...

OBERTAL ¡Si la digo ...si la digo!... ¿Por qué he de decir que soy yo... puesto que no he sido yo?

MOUZON Vaya, hoy no saldríamos del atascadero... (A los gendarmes.) Recondúzcanle a su celda... (Cambio de idea.) Aguarde usted, Obertal.

OBERTAL ¿Qué?

MOUZON Existe un medio de probar su inocencia, puesto que se empeña en aparecer inocente... Pruebe de cualquier modo que no se hallaba usted en Yrissarry la noche en que se cometió el crimen... y le pongo en libertad. ¿En dónde se hallaba usted?

OBERTAL ¿Qué dónde me hallaba?

MOUZON Sí. ¿Dónde estuvo usted la noche de la Ascensión?... ¿En su casa?

OBERTAL Sí, señor.

MOUZON (Levantándose con actitud algo teatral y extendiendo la mano hacia el detenido.) Obertal... esto le condena. Yo sé que había usted salido... Cuando se le detuvo, dijo usted a su mujer: «No digas a nadie que haya salido

la noche pasada.» Y aun le diré más... Le vieron. ¿Quién?... una moza del pueblo... y esta declaró ante la Gendarmería que a poco de las diez de la noche, al despedir a su novio, le encontró a usted cerca de su casa... ¿Qué le parece?

OBERTAL ¡Es cierto!... Salí.

MOUZON ¡Ah!... ¡Por fin!... ¡Diantre, qué difícil resulta hacerle hablar! Pero si solo con mirarle a la cara se adivina cuando miente... Vaya, ¿quiere usted saberlo? Pues ningun testigo ha declarado que le viera salir... y sin embargo yo hubiera apostado mi cabeza... ¿Ve usted... lo que hemos andado en un momento?... (Al Escribano.) ¿Consta íntegra su primera declaración?... Bueno. (A Obertal.) Siga usted reflexionando, luego continuaremos. (Se frota las manos satisfecho y luego va a beber agua con azucarillos. Suspira victoriosamente y vuelve a sentarse en su sitio.)

GENDAR. 1 (Al gendame 2.) Este juez se las trae...

GENDAR. 2 ¡Qué ladino!

MOUZON (A Obertal.) Continuemos... Y puesto que ha empezado, confiéselo de una vez... Ande. ¿Confiesa? ¿No?... Diga, pues, ¿por qué sostenía usted que se había quedado en casa?

OBERTAL Porque así lo había declarado a los gendarmes y no quería desmentirme.

MOUZON ¿Y por qué lo dijo usted a los gendarmes?

OBERTAL Porque creí que venían a detenerme por lo del contrabando...

MOUZON Bien. Entonces, la noche de autos no estuvo usted en Yrissarry.

OBERTAL No.

MOUZON ¿A dónde fué usted?

OBERTAL Al monte, en busca de un buey que se había escapado la noche antes de una vacada que entrábamos de España...

MOUZON (Algo irónico.) Bien, muy bien... No está

mal discurrido... y hasta es defendible... ¿De modo que había ido en busca de un buey extraviado en el monte... un buey escapado de una vacada que introducían de contrabando?... Perfectamente... Si eso resulta cierto, de usted depende verse en libertad dentro de poco... Va usted a decirme, sencillamente, a quién vendió ese buey... Enviaremos a buscar al comprador... y si él lo confirma, le pongo a usted en la calle inmediatamente.

OBERTAL ¡Es... que no lo vendí!

MOUZON Lo regalaría usted... Algo hizo usted del animal...

OBERTAL No... porque no conseguí recuperarlo.

MOUZON ¡Ah... no lo recuperó!... ¡Es de lamentar! ¡Qué le vamos a hacer!... Probemos fortuna... Usted no iría solo al monte... (Más irónico.)

OBERTAL Sí, señor, completamente solo.

MOUZON Veo que nada le favorece... Otra vez procure ir en compañía... ¿Permaneció mucho tiempo fuera?

OBERTAL Toda la noche. Regresé a mi casa a las cinco de la mañana.

MOUZON Muchas horas me parecen.

OBERTAL No somos ricos... y un buey vale una buena suma...

MOUZON Bien. Pero no permanecería usted toda la noche vagando por el monte sin dejar de encontrar alma viviente... pastores, aduaneros... alguien...

OBERTAL Llovía a torrentes...

MOUZON ...Que es como decir que no encontró a nadie...

OBERTAL A nadie.

MOUZON Me lo figuré. (Con aparente piedad.) Diga usted, Obertal, ¿acaso se ha creído que los Jurados son unos imbéciles? (Pausa.) En suma, ¿es esto cuanto ha logrado tramar?... Trama burda, mi pobre Obertal. ¡Si ese infundio tiene trazas de fábula!

A un niño se le habría ocurrido algo más verosímil... Ya estoy viendo al Jurado encogerse de hombros en cuanto oiga esto... ¡ Una noche entera fuera de casa, bajo una lluvia torrencial, para ir en busca de un buey... que no aparece al fin !... Y sin encontrar a nadie... Y regresar a casa a las cinco de la mañana... sin que nadie le viera, precisamente en esta época del año en que amanece pronto... (Muy irónico.) Vamos. ¡ Operóse un milagro y aquella noche cegó todo el mundo !... (Fijándose en el Escribano y los gendarmes que contienen su risa.) ¿ Ve usted? su modo de defenderse hace reir... por ridículo.

OBERTAL (Azarado y a media voz.) ¡ No sé !... ¡ Qué se yo !

MOUZON Si usted no lo sabe... ¿ lo sabremos nosotros?... En fin... ya repetirá usted esto en el juicio oral, y verá el efecto que produce... Pero ¿ por qué no confesarlo todo de una vez?... No me explico su obstinación...

OBERTAL ¿ He de confesar a todo trance mi culpa, sin ser culpable?... ¡ Si ya no sé lo que me digo !... Mejor haría callándome... puesto que todo parece confabularse contra mí...

MOUZON Tiene usted mucha inventiva. Vaya, continuemos lo del buey extraviado...

OBERTAL (Resuelto.) ¡ No, no !... Pues bien... (Pausa.)

MOUZON (Con ansiedad.) Diga usted... hable...

OBERTAL (Con voz entrecortada, titubeando y escudriñando con la mirada al Escribano y a Mouzon.) Pues bien... señor juez, tiene usted razón... No fuí al monte... Lo que antes dije es la pura verdad... No salí de mi casa. Hace un momento no sabía lo que me decía... Al principio lo negué todo... hasta la verdad... y eso porque me infundía usted terror... Luego, cuando me habló de... no sé qué, porque mi cabeza se extravía... tentado

estuve de declararme culpable para que usted me dejara en paz.... (Sinceramente.) Lo que sí puedo jurar es que no soy culpable... ¡ Eso se lo juro, se lo juro !

MOUZON Ojalá pudiera creerle... ¿De modo que se hallaba usted en su casa?

OBERTAL Sí, señor.

MOUZON Veremos si lo confirma su mujer al ser interrogada. ¿Tiene usted otro testimonio que invocar?

OBERTAL No, señor.

MOUZON Bien. (A los gendarmes.) Llévense al detenido... pero sin salir del Juzgado. Probablemente le necesitaré para un careo. (Los gendarmes se llevan a Obertal.)

ESCENA VIII

MOUZON y ESCRIBANO.

MOUZON (A Benoit.) Qué bribón ¿eh?... Aunque le hubiesen pillado en el momento de esgrimir su cuchillo, seguiría negándolo. Y es astuto ¿sabe usted?... Se defiende admirablemente.

ESCRIBA. Hubo un momento en que creí que el señor Juez le tenía cogido...

MOUZON ¿Cuándo le hablé de sus hijos?

ESCRIBA. Eso es. El señor Juez consiguió enternecerle.

MOZON ¿Verdad que sí?... Y eso que lucho con mi maldita jaqueca... (Pausa.) ¡ Demonio ! ¡ Hice una barbaridad !

ESCRIBA. ¿Usted, señor Juez?

MOUZON Sí, sí... Yo no tenía que haberle descubierto la inverosimilitud de su nueva coartada... Resulta tan burda que por si sola entraña una acusación... Y ahora si el muy pillastre persiste en afirmar que no salió de su casa... Si su mujer declara lo propio... todo esto puede suscitar du-

das en el ánimo del Jurado... El lo habrá comprendido y adoptará el primer sistema. ¡ Buena la hice, amigo Benoit ! (A sí mismo.) Hay que rectificar eso... A ver, a ver ...Que Obertal es el asesino, no cabe duda... El no estaba en casa la noche del crimen... De eso estoy convencido... Y eso lo sabe su mujer. Si consigo arrancarle a ella la afirmación de que su marido estuvo ausente hasta las cinco de la mañana... vuelta a la ridícula fábula del buey extraviado... le pillo dos veces en contradicción... y el hombre es mío... Hay que intentarlo... (Al Escribano.) ¿Dónde he puesto los informes llegados de París respecto a su mujer?

ESCRIBA. Ahí, en el sumario.

MOUZON (Hojeándolo.) Sí, aquí están... Certificado de su sentencia... Un mes de cárcel... Encubrimiento... Muy bien. Hágala entrar.

(El escribano va a la puerta y llama.)

ESCRIBA. ¡ Adriana Obertal ! (Esta entra.)

ESCENA IX

MOUZON, ESCRIBANO y ADRIANA.

MOUZON Acérquese usted... (Adriana avanza.) No la obligo a prestar juramento por ser usted la mujer del acusado. Pero, la prevengo que diga la verdad. Hablar en falso sería exponerse a pasar por cómplice de su marido en el crimen que se le imputa... y eso equivaldría a su detención.

ADRIANA Nada de eso me intimida. Yo no puedo ser cómplice de mi marido, puesto que mi marido no es culpable.

MOUZON No opino yo así... y aun digo más. Abrigo el convencimiento de que sabe usted

muchas cosas que él se niega a revelar a la Justicia.

ADRIANA ¡ Yo !... ¡ Pero esto es una infamia !

MOUZON Yo no digo que haya tomado parte directa en el asesinato... Lo que sí me parece probable es que usted no desconociera el plan... y quizás le aconsejase...

ADRIANA ¡ Oh ! (Indignada.)

MOUZON Esto bastaría para hacerla sentar en el banquillo, junto con Obertal.

ADRIANA ¡ Qué vileza !

MOUZON De la sinceridad de sus declaraciones depende mi conducta respecto a usted. A la primera falsedad, ordeno su arresto... se lo prevengo. Y diga ahora : ¿se ratifica en su primera declaración afirmando que Obertal pasó en su casa la noche siguiente a la Ascensión?

ADRIANA Lo afirmo.

MOUZON Pues... esto es falso.

ADRIANA (Exaltándose.) La noche que asesinaron al tío Goyetche, mi marido no salió de casa.

MOUZON ¡ Repito que es falso !

ADRIANA (Con más fuerza.) La noche que asesinaron al tío Goyetche, mi marido no salió de casa.

MOUZON ¡ Es usted terca ! ¿Va a repetir siempre lo mismo?

ADRIANA Repetiré mil veces la verdad.

MOUZON Examinemos, pues, su declaración. Desde su casamiento—hace de eso diez años—su conducta de usted ha sido intachable. Es usted fiel, hacendosa, trabajadora, honrada...

ADRIANA Pues si esto soy...

MOUZON Aguarde usted... Tiene usted dos hijos a quienes adora. Es usted una madre ejemplar, una esposa amantísima...

ADRIANA ¿Qué tiene que ver todo esto con la acusación de mi marido?

MOUZON No se impaciente. Por su parte, creo que

Obertal no corresponde a sus virtudes de usted... Se embriaga con frecuencia...

ADRIANA (Vivamente.) ¡No es cierto!

MOUZON Es brutal...

ADRIANA ¡Calumnia!

MOUZON Pruébalo el hecho de haber sido condenado cuatro veces por lesiones y heridas...

ADRIANA Puede ser... Las vísperas de fiesta suelen terminar con riñas... pero de eso hace mucho tiempo... Ahora ha sentado la cabeza... y vivo dichosa con él.

MOUZON ¡Qué raro!...

ADRIANA De todos modos... nada de esto prueba que sea él el asesino...

MOUZON Su marido es muy avaro...

ADRIANA Los pobres debemos serlo si no queremos morirnos de hambre.

MOUZON ¡Mucho le defiende usted!

ADRIANA ¿Había usted creído que le acusaría?

MOUZON (Súbitamente.) ¿Fué usted condenada alguna vez?

ADRIANA (Ligeramente turbada.) ¿Yo?

MOUZON Sí, usted.

ADRIANA No, nunca...

MOUZON ¡Es singular! Existe, sin embargo, una joven de sus mismos nombre y apellidos, que allá en París... sufrió la pena de un mes de cárcel... por encubridora...

ADRIANA (Abatida.) ¡Por... encubridora!

MOUZON ¿Qué es eso?... ¡Palidece usted!... Se pone mala... (Al escribano.) Acérquela una silla, Benoit... (Este lo hace.—A Adriana.) Sosiéguese usted...

ADRIANA ¡Dios mío!... ¿Cómo sabe usted eso?

MOUZON He aquí los informes que me he procurado: (Leyendo un pliego.) «La joven Adriana Rouget vino a París a la edad de diez y siete años, entrando en calidad de señorita de compañía al servicio de la familia Montelin que fué a residir en San Juan de Luz»...

ADRIANA — Sí.

MOUZON — Prosigo: (Lee.) «Al poco tiempo, la joven Adriana Rouget y el hijo de la casa, de veintitrés años, sostenían relaciones. Dos años después, los enamorados huyeron, llevándose ocho mil francos que el joven Montelin había sustraído a su padre. A instancia de éste, Adriana fué detenida y sentenciada a un mes de cárcel por encubrimiento. Cumplida su pena desapareció. Créese que regresaría a su país.» (A Adriana.) Es usted, ¿verdad?

ADRIANA — Sí... sí... ¡Ay, Dios! Me figuraba que... de eso, había transcurrido un siglo... que nadie se acordaba ya... Sí, todo es cierto, señor Juez... pero considere usted que hace diez años consagro todos los instantes de mi vida a la expiación de esa falta... Ha poco le he contestado brutalmente, señor Juez... Perdóneme usted... Tiene ahora entre sus manos, no solamente mi vida, sino también la de mi marido... y lo que es más, la honra de mis hijos...

MOUZON — ¿Su marido ignora eso...?

ADRIANA — Completamente. ¡Por caridad... no se lo revele usted nunca! De rodillas se lo pido... Esto sería un crimen, sí, un crimen. En efecto, regresé a mi país... ocultándome... ¡Hubiera preferido la muerte!... ¡No quise quedarme en París... ya comprende usted por qué!... ¡Al poco tiempo perdí a mi madre!... Obertal me amaba... se obstinó en casarse conmigo. Rehusé. Tuve suficiente valor para seguir rehusando durante tres años. ¡Después me quedé tan sola en el mundo... tan triste! veía a él tan desgraciado, que al fin cedí. Era mi deber revelárselo todo... ¿verdad?... Lo intenté... pero no pude. El hubiera sufrido inmensamente, porque Obertal es bueno, señor Juez... eso puedo jurárselo... (Por un gesto de Mouzón.) ¡Oh! sí...

alguna vez... pero eso cuando ha bebido... es algo brutal... se lo iba a decir... Yo no quiero engañarle, señor Juez... pero eso le ocurre raramente... (Sollozando.) ¡ Que él no se entere, por el amor de Dios, que no se entere ! ¡ Me abandonaría... arrancaría a mis hijos de mis brazos !... (Con grito de angustia.) ¡ Ah ! ¡ quitarme mis hijos !... sería monstruoso... (Suplicante.) ¡ No ! ¡ no !... usted no puede revelárselo... ahora que sabe todo el daño que nos haría... ¿verdad?... Fuí culpable, pero ¿acaso se puede exigir juicio a los diez y siete años?... El hijo de mis amos abusó de mí casi a la fuerza... luego le amé... más tarde me obligó a huir con él porque sus padres habían resuelto enviarle al extranjero... Yo obedecí a su exigencia... El dinero... yo ignoraba que él lo hubiese sustraído... Le juro a usted que lo ignoraba...

MOUZON — Bien, bien, cálmese usted...

ADRIANA — Sí, señor.

MOUZON — Dejemos eso, por ahora, y ocupémonos de su marido.

ADRIANA — Como usted diga.

MOUZON — Armese de valor, ¡ pobre mujer !... Su marido es culpable.

ADRIANA — ¡ No es posible !... ¡ no es posible !

MOUZON — No lo ha confesado... pero está al caer. Por mi parte sé que la noche de autos la pasó fuera de su casa... varios testigos lo declaran...

ADRIANA — ¡ Oh ! no... ¡ Señor Dios mío ! ¿Qué testigos son esos?... ¡ No, no es verdad !...

MOUZON — ¡ No sea usted terca !... Sosteniendo, contra la evidencia, que su marido se hallaba en casa aquella noche, le pierde sin remedio... mientras que si me dice la verdad, no siendo Obertal el asesino, podrá explicarnos en qué ocupó la noche... con qué amigos estuvo...

ADRIANA Con ninguno.

MOUZON ¿Entonces, salió solo?

ADRIANA Sí.

MOUZON ¿A las diez?

ADRIANA Sí.

MOUZON ¿Y... regresó a casa, solo también, a las cinco de la mañana?

ADRIANA Sí, también solo.

MOUZON Vamos a ver... Usted confunde quizá aquella noche con otra noche. ¿Fué realmente la víspera de la Ascensión, que salió solo?

ADRIANA Sí.

MOUZON (Al Escribano.) Escriba usted, Benoit.

ESCRIBA. Sí, señor Juez.

MOUZON (A Adriana.) Su marido se hallaba apurado de dinero, ¿no es cierto?

ADRIANA No.

MOUZON Yo digo que sí.

ADRIANA Yo afirmo que no.

MOUZON ¿Por qué, pues, había pedido prestados, hace tres meses, ochocientos francos a un comerciante de granos de Mauleon?

ADRIANA Nunca me habló de eso.

MOUZON Adeudaba, además, una crecida suma al tío Goyetche...

ADRIANA Tampoco me había dicho una palabra.

MOUZON He aquí un pagaré suscrito por su marido... ¿Es esta su firma?

ADRIANA Sí... pero yo ignoraba...

MOUZON ¿Que existiese esa deuda?... Esto corrobora mi afirmación. Su marido fué a Yrissarry...

ADRIANA No.

MOUZON ¡A usted le diría que iba al monte, pero fué a Yrissarry!

ADRIANA No, señor Juez... Siempre me dice lo que hace.

MOUZON Ya ve usted que no, puesto que ignoraba usted la existencia de la deuda... Fué a Yrissarry, no lo dude usted.

ADRIANA Pero él no ha matado a un hombre por dinero. ¡ Esto es falso, falso, falso !

MOUZON ¿Falso?... ¿Cómo quiere usted que la crea?... Su marido empieza por negarlo todo, ciegamente... luego intenta salir airoso defendiéndose de dos maneras distintas... Usted misma empieza por aportar un falso testimonio... ¡ Todo esto le aplasta, le confunde, le pierde !

ADRIANA Yo no sé... no sé... ¡ Lo que repetiré siempre, es que mi marido no asesinó a un hombre por dinero !

MOUZON Pues ¿por qué?... (Pausa breve.) Después de todo, quizá no resulte tan culpable como parece... Puede haber ocurrido que, sin premeditarlo, estando algo ébrio, fuese al encuentro de la víctima... y que al negarle ésta una prórroga se enzarzasen de palabras... y en el calor de la discusión. Como el tío Goyetche era aun vigoroso, podía trabarse una lucha... acabando trágicamente... De ser así, la situación de su marido cambia de aspecto, puesto que desaparece el criminal que prepara el golpe a sangre fría... El Jurado sería más benévolo... quizá castigaría poco... Vaya, en interés de usted, yo la aconsejo que intente arrancar a su marido una confesión leal y sincera... Que él mató a Goyetche no hay que dudarlo... Pero ¿en qué circunstancias? Todo estriba en averiguar eso... Si se obstina en sostener su inocencia, se expone a ser tenido por más culpable... ¿Me comprende usted?

ADRIANA ¡ Sí, sí !...

MOUZON ¿Quiere usted interrogarle en el sentido que le indico?... ¿Quiere usted que le haga venir?

ADRIANA ¡ Oh ! ¡ sí, sí !...

MOUZON (Al escribano.) Que conduzcan al acusado... pero sin gendarmes... (El escribano va a la puerta, hace una seña, y a poco entra Obertal.)

ESCENA X

Los mismos y OBERTAL.

ADRIANA ¡Pedro!... ¡Eres tú!... ¡Y es así como te vuelvo a ver, Pedro de mi alma! ¡En una cárcel... como un criminal!... ¡Pobre esposo mío!... ¡pobre esposo mío!... Pero júrales que nada hiciste... díselo al señor Juez... di la verdad... Por el amor de Dios, Pedro... di toda la verdad!

OBERTAL ¡Todo es inútil, ahora! Comprendo que estoy perdido y cada palabra que pronuncio se revuelve contra mí... ¡Se obstina el señor Juez en que sea yo el culpable!... ¡Según él, es preciso que lo sea! ¿Qué he de hacer, pues? ¡Yo no tengo su inteligencia para luchar contra él!... Que hagan de mí lo que quieran... ¡No diré más, no he de decir más!...

ADRIANA Sí, sí, hay que hablar, Pedro... tienes que defenderte... yo te lo ruego... yo te lo pido; defiéndete...

OBERTAL ¿Para qué?

ADRIANA ¡Yo te lo pido en nombre de tus hijos!... ¡Los pobrecillos nada saben aun... pero lloran al verme llorar!... porque... compréndeme, Pedro, por más que me esfuerzo en ocultarles mis lágrimas, me quieren tanto que lo adivinan... y me abruman a preguntas a cada instante... ¡Si tu supieras!... Andrés, el mayorcito, preguntaba esta mañana: —«¿Dónde está padre? ¿Vas a buscarle, vas a buscarle?»— Contesté que sí... y salí como alocada de casa... Ya ves tú si es preciso que te defiendas... para que puedas volar a su lado cuanto antes... Si tienes que reprocharte algo... dilo. Si fuiste a Yrissarry, hay que decirlo. ¿Disputaste con ese desgraciado?... ¿di?... Os peleasteis quizá y tú le...

¡ Oh ! digo esto sin saber lo que digo... ¿comprendes?... Pero el señor Juez me prometía hace poco que de ser así no te castigarían... o te castigarían menos... ¡ Dios mío ! ¡ cómo he de decírtelo ! ¿Qué hay que hacer?

OBERTAL ¡ He aquí que ahora también tú me crees culpable !... Di. ¿También me crees culpable?

ADRIANA ¡ Ya no sé... no lo sé !

OBERTAL (A Mouzon.) ¡ Ah ! ¡ una nueva idea de usted !... ¡ hacerme torturar por mi mujer ! ¡ inducirla a que me hable de mis hijos !... No sé qué infundio le habrá contado... pero veo que casi la ha convencido usted de que yo soy un miserable... y aguardaría usted sin duda a que ella me enviase al patíbulo... en nombre de mis hijos, enterneciéndome al hablarme de mis hijos, porque usted sabe que les adoro y que ellos lo son todo para mí !... Tiene usted razón ; quizá no exista un padre que quiera tanto a sus pequeños como yo quiero a los míos... (A Adriana.) Y eso, lo sabes tú, Adriana... como sabes también que, a pesar de mis defectos, soy cristiano, y creo en Dios, en ese Dios Todopoderoso... Pues bien, oye : Pido a Dios que se lleve a nuestros hijos si soy criminal.

ADRIANA (Con convencimiento.) ¡ Ah !... ¡ Es inócente !... ¡ sí, digo que es inocente ! (A Mouzon, con exaltación creciente.) Ahora, ni en presencia de sus pruebas, ni por lo que digan en contra cien testigos, mil testigos... ni que me jurase usted que le vió cometer el crimen, yo le sostendría que no es cierto, que no es cierto... ¡ Y si me probase usted que él mismo lo ha confesado... seguiría sosteniéndole que no es cierto ! ¿No lo ha oído usted?... ¡ Ha ofrecido la vida de nuestros hijos... y usted tendrá corazón... y comprenderá la importancia que

esto tiene en boca de un padre que ama a sus hijos!... ¡Ah! ¡ahora sí que se habrá convencido de su inocencia... y va a dejarle libre! Le habrá usted juzgado en un momento... Con que le deja libre, ¿verdad?

MOUZON Si es inocente ¿por qué ha mentido hace poco?

OBERTAL (Olvidándose.) ¡Es usted quien ha mentido... sí, usted! Dijo que existían testigos que me vieron salir de casa aquella noche... y esos testigos no existen...

MOUZON Ahora sí... tengo uno; uno que ha declarado que la noche del crimen no se hallaba usted en su casa... ¡y ese testigo es su propia mujer!

OBERTAL (A Adriana.) ¡Tú!

MOUZON (Al escribano.) Busque usted su declaración. (En tanto se busca, Adriana mira fijamente á su marido, luego a Mouzon y medita. Al fin parece adoptar una resolución.) Aquí está. Su mujer acaba de declarar que usted salió a las diez y regresó a las cinco de la mañana...

ADRIANA (Firmemente.) ¡No es verdad! Yo no he dicho eso.

MOUZON ¿Eh?... Basta leer el interrogatorio... (Lee.) «Pregunta: ¿Salió solo? Respuesta: ¡Sí! Pregunta: ¿A las diez? Respuesta: A las diez.»

ADRIANA Yo no he dicho eso.

MOUZON Buen cuidado he tenido de puntualizar; he preguntado: «Quizá confunda usted aquella noche con otra noche. ¿Fué realmente la víspera de la Ascensión que salió su marido?» Y usted ha contestado sin vacilar: «¡Sí!»

ADRIANA ¡Falso!

MOUZON Está escrito.

ADRIANA Se escribe lo que se quiere.

MOUZON ¡Entonces... miento yo!... ¡Miente también el escribano!...

ADRIANA La noche del crimen mi marido no salió de casa.

MOUZON (Enojado.) Ea, acabemos, va usted a firmar esta declaración.

ADRIANA Lo que contiene es falso... digo que es falso... (Gritando.) ¡ La noche del crimen mi marido no salió de casa... no salió de casa !

MOUZON (Pálido de ira.) Se acordará de mí... (Al escribano.) Redacte usted al instante una orden de encarcelamiento. Llame a los gendarmes. (A Adriana.) Adriana Rouget, queda usted detenida, acusada de complicidad de asesinato. (A los gendarmes que aparecen.) Llévense al acusado a su calabozo y vuelvan por la mujer. (Los gendarmes se llevan a Obertal.)

ESCENA XI

MOUZON, ADRIANA y ESCRIBANO.

ADRIANA ¡ Ah !... ¡ está usted rabioso !... ¡ No ha logrado lo que se propuso, a pesar de sus esfuerzos ! ¡ Quiso atraerme con añagazas, hablándome dulcemente para inducirme a enviar a mi pobre hombre al patíbulo !... (Mouzon coge un legajo y afecta hojearlo con indiferencia.) ¡ Este es su oficio... proporcionar cabezas al verdugo !... ¡ La Justicia necesita culpables y hay que procurárselos a toda costa !... Cuando un hombre cae en vuestras garras puede considerarse perdido... ¡ Se entra aquí inocente y hay que salir criminal ! ¡ En esto estriba vuestro mérito !... Y cuando habéis triunfado, obligando a un infeliz a condenarse a sí mismo, sentís una alegría salvaje...

MOUZON (A los gendarmes.) Llévensela... al momento.

ADRIANA ¡ Salvaje, sí ! (Despectivamente.) ¿ Y eso es la Justicia?... ¿ Eso es lo que llamáis la Justicia? (A los gendarmes.) Es inútil; no

me sacaréis de aquí fácilmente... (Se agarra fuertemente a un mueble. A Mouzon.) ¡ Ah ! ¡ verdugo !... ¡ Tiene usted la ferocidad de los antiguos déspotas que arrancaban una confesión por medio del tormento !... (Los gendarmes la han obligado desprenderse del mueble y casi arrastrando se la llevan hasta la puerta del foro.) ¡ Sí !... ¡ es usted feroz !... ¡ Y debe blasonar de humano, cuando no es más que un verdugo !...

MOUZON (Agitado y furioso.) Pero... llévensela, ¡ por todos los diablos ! ¡ Quítenme de mi presencia a esta loca ! (Nuevos esfuerzos de los gendarmes.)

ADRIANA (Fuera de sí.) ¡ Verdugo !... ¡ Cobarde !... ¡ Mal hombre, sí, mal hombre !... ¡ Más inhumano y cruel porque somos pobres !... (Ya en la puerta se agarra en el quicio. Los gendarmes la empujan violentamente.) ¡ Ah ! ¡ brutos !... que me destrozáis los dedos... (A Mouzon.) ¡ Sí, verdugo, más inhumano con los pobres !... (Los gendarmes consiguen hacerla salir. Una vez fuera aun se la oye gritar hasta que baja el telón.) ¡ ...Más inhumano con los pobres !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Despacho del Fiscal en el Palacio de Justicia de Mauleon. A la izquierda puerta que da a un pasillo, que se abre hacia dentro, lo cual permite leer en la mampara, FISCALÍA. Mesa escritorio, sillones, librería y estantería.

ESCENA PRIMERA

ESCRIBANO y LA BOUZULE.

(Al levantarse el telón, el escribano reune en una carpeta de cartón distintos papeles que recoge de la mesa. Entra La Bouzule.)

BOUZULE Buenos días, señor Benoit. (Le alarga la mano.)

ESCRIBA. (Sin atreverse a estrechársela.) Es mucho honor para mí...

BOUZULE Ande usted, hombre, venga un apretón... Desde esta mañana ya no soy magistrado... ¡Me jubilé por fin!... ¿Cómo sigue la causa Obertal?

ESCRIBA. Hasta ahora la vista se ha consagrado enteramente a la petición fiscal y a la defensa que hace el señor Dubois, el gran Dubois, como han dado en llamarle a ese letrado de París.

BOUZULE ¿Se terminará hoy?

ESCRIBA. Seguramente... hasta en el caso de que el señor Vagret impugnase la defensa, porque el señor Presidente de Sala va mañana a una cacería...

BOUZULE ¿Cree usted que habrá sentencia absolutoria?

ESCRIBA. Casi lo aseguro. (Se dispone a salir.)

BOUZULE ¿Quién es esa anciana que aguarda en el vestíbulo?

ESCRIBA. La madre del procesado.

BOUZULE ¡Pobre mujer!... ¡debe sufrir lo indecible!...

ESCRIBA. No es fácil. Confía mucho en el veredicto. Ayer estuvo aquí toda la tarde, y esta mañana ha vuelto con la misma tranquilidad. Sólo que hoy quería ver a toda costa al señor Fiscal o a su substituto... El señor Ardenil se halla ausente, y el señor Vagret...

BOUZULE En la Sala, sosteniendo la acusación.

ESCRIBA. Le ha contrariado mucho no poder hablar con nadie.

BOUZULE Pues hágala entrar... Quizás yo pueda darle un buen consejo. El señor Dubois tiene aun para rato, ¿eh?

ESCRIBA. ¡Ya lo creo!

BOUZULE Entonces, esa buena mujer que entre.

ESCRIBA. Bien, señor. (Se dirige hacia la derecha y hace una seña adentro, saliendo por el foro.)

BOUZULE (A sí mismo.) ¡Es particular! ¡Desde esta mañana me siento más inclinado a la benevolencia! (Entra la madre de Obertal. Viste como las viejas mujeres vascas.)

ESCENA II

LA BOUZULE y la MADRE DE OBERTAL.

BOUZULE Me dijeron que deseaba usted ver a uno de esos señores del Tribunal...

MADRE En efecto, señor.

BOUZULE ¿Acaso para que la permitan asistir a la vista?

MADRE ¡Oh! no, señor, no, estoy tan segura de que no han de condenarle a mi hijo, que

lo que ocurre ahí dentro no me interesa. Aquí le aguardo. He venido porque acaban de arrojarnos de nuestra casa...

BOUZULE ¡ Qué ! ¿ Les han arrojado?

MADRE Sí, sí, los señores de la Justicia.

BOUZULE Su hijo de usted ¿ tenía deudas?

MADRE Desde que los gendarmes vinieron a prenderle, nuestros trabajadores nos han abandonado... No se han podido recoger las cosechas ni pagar lo que se adeudaba. Pero confío en que todo nos será devuelto cuando dejen en libertad a mi hijo...

BOUZULE (¡ Pobre mujer !)

MADRE ¡ Si usted supiera lo contenta que estoy al ver que se aproxima el término de nuestro calvario !... Mi hijo volverá a cuidar de su casa y de sus tierras... y le entregarán de nuevo sus ganados... Para hablar de eso quería ver a los jueces...

BOUZULE Explíquese usted...

MADRE Dos semanas después de la detención de mi hijo, nuestro vecino, el señor Claudet, hizo verter las aguas de su fábrica en el pequeño canal que atraviesa nuestra casa y sirve para abrevadero de los ganados. Si mi hijo ve eso al volver a casa ¡ sabe Dios lo que ocurrirá !... ¡ La Justicia debe impedir el daño que nos causa el señor Claudet !

BOUZULE ¡ La Justicia !... ¡ Ah ! En interés de usted la aconsejo que desista de dirigirse a la Justicia.

MADRE ¿ Por qué?... ¿ Acaso la Justicia no existe para todos?

BOUZULE Ciertamente.

MADRE ¿ Tiene derecho el señor Claudet a...?

BOUZULE En modo alguno.

MADRE Pues... vengo a pedir a los jueces que se lo impidan.

BOUZULE Eso... es más complicado de lo que usted imagina, buena mujer. Ante todo hay que acudir a un procurador...

MADRE Bueno.
BOUZULE Este hará una comprobación.
MADRE ¿Cómo?
BOUZULE Comprobará y certificará si las aguas del canal están envenenadas...
MADRE ¿Qué necesidad hay de molestar a un procurador?... Si eso sabría verlo un niño...
BOUZULE ¡Es la Ley!
MADRE ¿Y después?
BOUZULE Después... habrá que consultarlo a un abogado.
MADRE ¡Paciencia! Si no hay otro remedio...
BOUZULE No es todo. Si el señor Claudet niega los hechos, se nombrará un perito para que informe sobre el terreno. Después habrá que conseguir señalamiento para plazo breve... atendida la urgencia. Una vez expuesto el asunto... se ocuparán de él... pasadas las vacaciones...
MADRE ¿Pasadas las vacaciones?...
BOUZULE Y todo eso va a costar un dineral...
MADRE ¿Quién lo pagaría?
BOUZULE Ustedes... y también el señor Claudet, naturalmente...
MADRE Para él nada significa, porque es rico; pero nosotros... nosotros que ya nada poseemos... A mí se me había dicho que la Justicia era gratuita...
BOUZULE La Justicia, es, en efecto, gratuita... pero los medios para llegar a ella no lo son... ¿Comprende usted?
MADRE ¿Y eso duraría?...
BOUZULE En el supuesto de que el señor Claudet interpusiera recurso... eso podría durar... dos años.
MADRE ¡Imposible! ¿Acaso la razón no está de nuestra parte?
BOUZULE No basta tener razón... Ha de amparar el Código.
MADRE Comprendo. Eso que llaman Justicia, nosotros los pobres, no la conocemos sino cuando nos cae encima, por el daño que

nos causa. ¡Qué le vamos a hacer! Nos marcharemos... iremos no sé a donde... Yo, por mi parte, no sentiré abandonar este país en el que se nos insulta a cada paso... Mi hijo no sufriría eso...

BOUZULE ¿Por qué no denuncia a los que la insultan? La Ley le protege a usted...

MADRE No lo creo. Ya denuncié al hombre que más daño nos ha causado... y nada le ha ocurrido. Por eso continúa insultándonos.

BOUZULE ¿Algún competidor ofendido?

MADRE Sí; un vecino, amigo del señor Mondoubleau, el diputado; un tal Bouchard...

BOUZULE Ya... Vamos; yo le prometo interesarme por ustedes...

MADRE Gracias, muchas gracias, señor. (Pausa.) Y ahora voy a aguardar a que dejen en libertad a mi pobre hijo...

BOUZULE Sí, sí, eso es... (Ella sale lentamente.)

ESCENA III

LA BOUZULE y ESCRIBANO.

ESCRIBA. (Entrando por el foro.) Suspensión de vista.

BOUZULE ¿Terminó su defensa Dubois?

ESCRIBA. Entre aplausos atronadores. Dos de los Jurados lloraban a lágrima viva. ¡El veredicto de inculpabilidad se da por descontado!

BOUZULE Lo celebro.

ESCRIBA. El señor, ¿no sabe la noticia?...

BOUZULE ¿Cuál?

ESCRIBA. La llegada del señor Fiscal del Supremo...

BOUZULE No; nada sabía.

ESCRIBA. Pues sí, acaba de llegar. Dicen que trae el nombramiento de Consejero del Tribunal Superior para uno de esos señores...

BOUZULE ¡Ah! ¡ah!... Oiga, Benoit, ¿quién cree

usted que va a pescar la breva? ¿El señor Vagret?

ESCRIBA. Eso creía yo... Entre el señor Vagret y el señor Presidente me había inclinado por el señor Vagret; pero confieso que no acerté.

BOUZULE ¿Se nombra a Bunerat?

ESCRIBA. No, señor Juez... El agraciado va a ser el señor Mouzon.

BOUZULE ¡Carape! ¿En qué se funda usted?

ESCRIBA. Sencillamente; el señor Fiscal del Supremo me ha encargado avisar al señor Mouzon para que venga a hablarle aquí, antes de que termine la vista...

BOUZULE Vaya, mi enhorabuena, Benoit. (Entra la señora Bunerat.)

ESCENA IV

SEÑORA BUNERAT, LA BOUZULE, ESCRIBANO, inmediatamente SEÑORA VAGRET, después BUNERAT, más tarde PRESIDENTE DE SALA, MOUZON y el FISCAL DEL SUPREMO.

S. BUNE. (Afectadísima.) ¡Oh!... ¡señor La Bouzule!...

BOUZULE ¿Qué le ocurre, señora?

S. BUNE. ¡Ese abogado!... ¡ese abogado!... ¡qué brío!... ¡qué alma! ¡qué talento!... ¡Me ahoga la emoción!

BOUZULE ¿Sentencia absolutoria?

S. BUNE. ¡Es de suponer!... ¡claro!

S. VAG. (Entrando.) Y bien, señor La Bouzule... ¿ha oído usted a ese... famoso abogado?... ¡Qué comediante!

BOUZULE Parece que emocionó al Jurado. Vaya, ¡sentencia absolutoria!

S. VAG. Mucho lo temo. (Entra Bunerat; viste toga negra.)

BUNERAT ¿Saben ustedes lo que se dice...? El Fiscal del Supremo acaba de llegar.

S. BUNE. ¿De veras?

S. VAG. ¿Está usted seguro?
BOUZULE Es cierto. Trae un ascenso para...
S. VAG. ¿Para quién?
BOUZULE ¡Para Mouzon!
S. VAG. ¿Y mi marido?... ¡Se nos prometió formalmente!... (Entra el Presidente de Sala. Viste toga roja.)
PRESIDE. Felices, señores. ¿Han visto ustedes al señor Fiscal del Supremo?
BOUZULE No, señor Presidente, pero si quiere usted aguardarle...
PRESIDE. Diga usted, La Bouzule... usted que es hombre de experiencia... ¿Estuvo en el juicio?
BOUZULE Desde el sorteo del Jurado... hasta la defensa.
PRESIDE. ¿Entonces se habrá usted fijado en si dejé pasar por alto un caso de apelación?
BOUZULE No, no me fijé...
PRESIDE. ¡Estoy con una zozobra! Y eso que durante la sesión tengo abierto y al alcance de mis ojos el «Manual del Presidente de Sala»... pero temo siempre omitir alguna fórmula... Sólo me tranquilizo cuando concluyo el resumen. (Pausa.) Hanme dicho que asisten a la vista periodistas de Tolosa y de Burdeos...
BOUZULE Y uno de París.
PRESIDE. ¡Uno de París! ¿Está usted seguro?
BOUZULE ¡Segurísimo! Yo le he visto que estaba de pie junto al banquillo de los acusados...
PRESIDE. ¡De pie!... ¡Cómo! ¿viene un periodista de París y se le deja estar de pie?... (Viendo al escribano.) ¿Sabe usted eso, señor escribano, y no me lo avisa? ¿Es así como cumple su obligación? Vaya usted inmediatamente a presentarle mis excusas... y proporciónele un buen sitio. ¿Me ha comprendido?
ESCRIBA. Sí, señor Presidente. (Acción de salir.)
PRESIDE. Oiga... (Yendo a su encuentro.—En voz baja.) Pro-

cure usted enterarse de si está disgustado.

ESCRIBA. Bien, señor Presidente.

PRESIDE. Y luego... (En la puerta se encuentra con la señora Bunerat.) Perdone usted, señora... (Sale precipitadamente.)

BOUZULE (A las señoras.) Cuando estuve en Montpellier conocí a un tenor que a cada debuto le ocurría lo que al Presidente. (Entra Mouzon. Saludos fríos.)

S. BUNE. ¿Con qué es cierto, señor Mouzon?

S. VAG. ...Que el señor Fiscal del Supremo...

S. BUNE. ...acaba de llegar?

BOUZULE (Levantando la voz.) Ciertísimo.

S. BUNE. Dicen que trae una credencial de Consejero...

MOUZON Eso dicen.

S. BUNE. ¿Y usted no sabe?...

S. VAG. ¿Ignora usted?...

MOUZON Completamente.

BUNERAT ¿Nada le induce a suponer?...

MOUZON Nada.

ESCRIBA. (Apareciendo.) El señor Fiscal del Supremo.

S. BUNE. ¡Ay, Dios mío! (Maquinalmense se arregla el peinado con coquetería. Entra el Fiscal del Supremo. Cabeza respetable y austera. Porte distinguido y severo. Todos hacen una reverencia respetuosa entre un murmullo de admiración.)

TODOS Señor Fiscal...

FISCAL Creo, señores, que pueden continuar la sesión... Mi visita por hoy será breve. Me marcho ahora mismo. Volveré dentro de unos días para tener el gusto de recibirles a todos.

TODOS Señor Fiscal... (Se disponen a salir.)

FISCAL Señor Mouzon... ¿me hace usted el obsequio de quedarse? (Mouzon se inclina.)

S. BUNE. (Saliendo.) Reciba mis respetos, señor Fiscal...

FISCAL (Saludando.) Señor Bunerat... (A las señoras.) Señoras...

BUNERAT (A su mujer.) La cosa es hecha... (Mutis.)

MOUZON (Al escribano.) Amigo Benoit, ya no me cabe duda...

ESCRIBA. Por muchos años, señor Consejero... (Mutis. Mouzon se frota las manos de alegría.)

ESCENA V

MOUZON y FISCAL DEL SUPREMO.

MOUZON Señor Fiscal... (Obsequioso.)

FISCAL (Severo.) Siéntese usted... (Mouzon se sienta.) Ha llegado a mi despacho procedente de la Comisaría de Burdeos, un sumario que mucho le interesa a usted, señor Juez instructor. (Busca en su cartera.) He aquí un extracto. (Leyendo.) «Asunto Mouzon y la llamada «Mimi» (Hablado.) ¿Sabe usted de qué se trata?

MOUZON (No toma la cosa en serio y se esfuerza en sonreir.—Después de breve silencio.) Sí, señor Fiscal.

FISCAL Aguardo sus explicaciones.

MOUZON (Mismo juego.) Usted ha sido joven, señor Fiscal...

FISCAL (Interrumpiendo con severidad.) ...No basta eso, señor Juez de instrucción.

MOUZON Lo reconozco... Quizá me excedí un poco...

FISCAL (Leyendo.) «Hallándose en estado de embriaguez, como la llamada «Mimi», y otras dos mujeres de vida licenciosa que le acompañaban, el señor Mouzon ha promovido un fuerte escándalo, insolentándose contra los agentes de la autoridad a quienes ha amenazado con hacerles destituir.»... (Hablado.) ¿A esto llama usted excederse un poco?

MOUZON Convengo en que merece un calificativo más duro...

FISCAL ¡Qué vergüenza!... ¡Consentir que el nombre de un magistrado vaya unido, en un sumario, al de una mujer perdida!...

MOUZON Yo lo ignoraba; dijo llamarse Diana Montmorency...

FISCAL (Continuando la lectura.) «...Interrogado por el suscrito Comisario de Policía, a la mañana siguiente, respecto al título de oficial de marina que se abrogaba»... (Nueva mirada severa. Nuevo silencio.)

MOUZON Siempre que... en fin... cuando voy a Burdeos me hago pasar por oficial de marina, al objeto de dejar a salvo la dignidad de la Magistratura...

FISCAL Tarde se preocupa usted de eso...

MOUZON Me permitiré hacer presente al señor Fiscal, que antes ya me había preocupado, puesto que me hice trasladar de distrito, y por si fuera poco, de departamento...

FISCAL Prosigo: (Lee.) «El señor Mouzon entonces nos descubrió su verdadero cargo de Juez instructor, invocando tal investidura para pedirnos la suspensión de las diligencias.»...

MOUZON ¡Cómo! ¿Ha puesto eso?... ¡Qué falta de compañerismo!... En fin... yo trataba de evitar el escándalo... Dentro de mi situación otros hubieran intentado lo propio.

FISCAL ¿Son estas sus explicaciones?

MOUZON ¿Mis explicaciones?... Ciertamente, señor Fiscal, que si en esta conversación pretende usted sostener la severidad del superior contra el subordinado, no podré proporcionarle otras. Mas si quiere usted permitirme que olvide por un momento sus altas funciones, y que hablemos de hombre a hombre, le diré que se trata de un extravío juvenil, extravío lamentable, naturalmente, pero que tiene su explicación en el hastío que produce esta ciudad sombría... Hágase usted cargo... Yo había cenado algo fuerte... A cualquier persona respetable le puede ocurrir lo propio... Es

un pecadillo que no salpica la honradez de nadie...

FISCAL (Muy severo.) Señor mío, cuando se tiene la altísima honra de ser magistrado, cuando se acepta la sagrada misión de juzgar a sus semejantes... precisa saberse rodear de dignidad y comedimiento. Lo que no alcanza a perjudicar la honra del que se juzga, deprime moralmente la de su juez.

MOUZON Puesto que no quiere usted conversar conmigo más que en el terreno oficial, sólo me resta suplicarle me diga lo que ha decidido usted.

FISCAL ¿No lo adivina?

MOUZON ¿Va usted a rebajarme de categoría?

FISCAL Desgraciadamente me es imposible contentarme con esta simple medida. Hablando sin rodeos debo decirle que Rollard, el director del *Diario*, que tanto se distingue por sus ataques a la Magistratura, está enterado de esa aventura, y únicamente renuncia a hacerla pública si antes de un mes ha dejado usted de pertenecer a esta Audiencia. Véome, pues, en la dolorosa necesidad de pedirle a usted su dimisión.

MOUZON Siento tener que resistirme a sus deseos, señor Fiscal, pero estoy decidido a no presentarla.

FISCAL ¡Es que usted ignora!...

MOUZON Nada ignoro.

FISCAL ¡Se presentará querella contra usted!...

MOUZON No importa. (Se levanta.)

FISCAL De modo, que el escándalo de un proceso, la comparecencia ante un Tribunal de honor, la probable imposición de una pena... ¿nada de esto le importa?

MOUZON Es menos probable de lo que usted se figura. Sabré defenderme. En cuanto al escándalo, no recaerá sobre mí; de rechazo salpicará la honorabilidad de la Magistratura... ¿Qué se me expulsará de ella?

Bueno. Otros se apurarían; yo no. Afortunadamente puedo vivir con independencia.

FISCAL Basta, basta, señor mío. Retírese usted.

MOUZON Tengo el gusto de saludarle, señor Fiscal. (Vase.)

UJIER (En el foro.) El señor Diputado pregunta si el señor Fiscal podrá recibirle...

FISCAL No faltaba más... que pase, que pase al momento... (Vase el ujier. Entra Mondoubleau. El Fiscal va a su encuentro. Apretones de manos.)

ESCENA VI

MONDOUBLEAU y FISCAL; al final ESCRIBANO.

MONDOU. Felices, mi respetable amigo...

FISCAL Buenas tardes, mi querido diputado...

MONDOU. Qué satisfacción la mía al volverle a ver. Acabo de llegar de París. Almorcé ayer con mi amigo el Guarda-Estampilla... En este momento histórico anda el Gobierno muy atareado...

FISCAL ¿Por qué motivo?

MONDOU. Teme una interpelación... ya le contaré a usted eso... Oiga, parece que tiene usted un joven substituto que hace de las suyas...

FISCAL El señor Ardenil.

MONDOU. Ardenil. Eso es; Eugenio está muy al corriente...

FISCAL Eugenio... ¿Quién es Eugenio?

MONDOU. Mi amigo Eugenio... el Guarda-Estampilla. Pues él fué quien me dijo: «Espero que tu amigo el Fiscal sabrá cumplir con su deber.»

FISCAL Siempre lo he procurado. ¿En qué consiste ahora ese cumplimiento?

MONDOU. Eso... por ahora se lo reserva Eugenio. Solo sé que hay que hacer movilización de personal.

FISCAL ¡Oh!... Usted sabe...

MONDOU. En lo que concierne a Ardenil, díjome el ministro, por conducto de Eugenio, que depositaba toda su confianza en el celo y energía que a usted le distinguen...

FISCAL Puede confiar el ministro. Aquí estoy para castigar con mano firme al que lo merezca, y crea usted que no me faltará tesón ni actividad. Se lo aseguro.

MONDOU. Bien, pero prudencia, ¿eh?... Engenio me recomendó esto. Sobre todo nada de escándalo, ahora menos que nunca... Apretar el tornillo con disimulo...

FISCAL No le dé cuidado... Se trata de Mouzon.

MONDOU. ¡Mouzon... Mouzon! ¿El Juez instructor?

FISCAL Sí.

MONDOU. ¿Lo ha pensado usted bien?... ¡Mouzon! uno de mis mejores amigos... Un funcionario probo, infatigable, concienzudo... Un excelente juez, enérgico, de gran discernimiento... ¡Y yo, que se lo había recomendado a Eugenio para la vacante de Consejero!...

FISCAL (Alargándole los papeles que antes habrá leído a Mouzon.) Vamos, que es usted oportuno... Lea usted esto... respecto a su protegido... Por otra parte, esa vacante se ha prometido a Vagret.

MONDOU. (Por los papeles.) Pero, ¿qué hay?

FISCAL Entérese usted... Hay que obligarle a dimitir o se le ha de procesar...

MONDOU. ¿Qué ha hecho?

FISCAL Lea usted.

MONDOU. (Después de dar un vistazo a los papeles.) Realmente... sí... Pero... ¡qué demonio! En suma, si usted se calla ¿quién va a enterarse?... No, no, nada de escándalo... ¿no le parece? Harto atacada se ve la Magistratura para que proporcionemos nuevas armas a sus enemigos...

FISCAL Desgraciadamente Rollard se enteró y

amenaza con publicarlo en su *Diario* si antes de un mes Mouzon no ha sido separado de su cargo de Juez de este Tribunal. (Mondoubleau se ríe.) ¿De qué se ríe usted?

MONDOU. Nada... una idea estrambótica... una broma. (Se ríe de nuevo.) Diga usted... pero no vaya a enfadarse ¿eh?... es broma...

FISCAL Explíquese.

MONDOU. Se me había ocurrido—repito que es una idea rara.—En fin que... si propusiera usted a Mouzon para Consejero en la Audiencia de Pau. He aquí el modo de complacer a todos.

FISCAL Pero...

MONDOU. Lo único bueno que entraña esta idea es que de una plumada podría usted complacer a Rollard, a mí, a Mouzon y a Eugenio, es decir, al ministro, que es enemigo del escándalo.

FISCAL ¿Quiere usted mayor escándalo que ese?

MONDOU. No lo crea. En política el escándalo no existe si no se exterioriza...

FISCAL Pero...

MONDOU. Opino como usted. Sé perfectamente lo que pueden decir... Pero, bien reflexionado, quizá mi solución sería la única exenta de compromisos serios... Medítelo. Si Mouzon permanece aquí, Rollard lo canta todo en el *Diario*... Si se abre un proceso contra Mouzon, echa usted sin querer carne a la fiera, a la crítica, que no desperdiciará la ocasión de atacar con toda la fuerza de sus colmillos... Ya sabe usted que esa gente no repara en medios... y no será Mouzon el único censurado, a pesar de sus defectos, sino que cayendo sobre el Tribunal en pleno el anatema, salpicará de lodo las respetables togas de los demás...

FISCAL Usted no puede pedirme esto seriamente,

MONDOU. ¿Sabe usted lo que deberíamos hacer?... Consultar todo eso con Bollet, el senador... Vive aquí, a un tiro de fusil.

FISCAL Le aseguro que...

MONDOU. Vaya, venga usted. ¿Qué arriesga? Convengamos en que mi solución es la mejor... Acompáñeme... (Le coge del brazo.)

ESCRIBA. (Apareciendo.) Señor Fiscal...

FISCAL ¿Se ha pronunciado ya el veredicto?

ESCRIBA. Aun no, señor Fiscal... El señor Vagret acaba de impugnar la defensa...

FISCAL ¿Delibera el Jurado?

ESCRIBA. No, señor Fiscal... Se disponía a hacerlo, cuando el señor Vagret ha pedido suspensión de vista...

MONDOU. ¡Qué ocurrencia!... En fin... (Al Fiscal.) Vamos, mi querido Fiscal... Convendrá usted conmigo...

FISCAL (Débilmente.) No... eso no... ¡Nunca, nunca! (Vanse.)

ESCENA VII

ESCRIBANO; al instante, UJIER; a poco SEÑORA VAGRET, PRESIDENTE DE SALA, BUNERAT, SEÑORA BUNERAT; VAGRET más tarde.

ESCRIBA. (Con cierta emoción.) Ese Vagret ha estado admirable.

UJIER (Entreabriendo la puerta del foro.) Y bien, señor Benoit, ¿qué hay de nuevo?

ESCRIBA. ¡Admirable!... El señor Fiscal estuvo admirable, y ese Obertal resulta un solemne canalla! (Entra la señora Vagret muy emocionada. El Escribano se acerca a ella y el Ujier desaparece.)

S. VAG. ¡Ah, Dios mío!

ESCRIBA. Señora, soy un simple escribano... pero permita que se lo diga... ¡Estuvo admirable!

S. VAG. Admirable... ¿quién?

ESCRIBA. El señor Vagret. ¡Oh! ¡Con qué faci-

lidad se ha metido en el bolsillo a ese abogado de París!

S. VAG. ¿Verdad que sí?

ESCRIBA. ¡Ya tenemos pena capital!

S. VAG. ¿Lo cree usted?

ESCRIBA. ¡Oh, señora!... he podido observarlo. A medida que hablaba el señor Vagret los jurados dirigían al procesado furibundas miradas...

S. VAG. Eso también lo observé...

ESCRIBA. No sabe usted lo satisfecho que estoy... tanto que...

S. VAG. ¡Y yo, señor Benoit! (Entran el Presidente y Bunerat.)

PRESIDE. (Yendo a estrechar la mano a la señora Vagret.) Señora, mi enhorabuena... ¡Al fin la conseguimos esa deseada pena capital!

S. VAG. Démosla por segura, ¿verdad?

PRESIDE. ¡Quién lo duda! Pero ¿dónde está nuestro héroe? ¡Sublime!... ¡Estuvo sublime!... ¿Verdad, Bunerat?

BUNERAT Presidió usted con tanto acierto, señor Presidente, que dejó el terreno expedito.

PRESIDE. ¡Psé!... No niego que algo me corresponde... pero de todos modos hay que hacer justicia a Vagret... (A la señora Vagret.) Estará usted satisfecha...

S. VAG. Muchísimo, señor Presidente.

PRESIDE. Pero ¡qué ocurrencia la de su marido... pedir suspensión de vista! ¿Se habrá puesto enfermo?

S. VAG. ¡Dios mío!

PRESIDE. No, afortunadamente no. Aquí le tenemos. (Entra Vagret muy taciturno.)

S. VAG. ¡Ah... mi buen Eduardo!... ¿Cómo te encuentras? (Le coge las manos, estrechándoselas muy cariñosamente.)

VAGRET Bien.

PRESIDE. ¡Ha estado usted admirable!

BUNERAT ¡Mi enhorabuena, querido Vagret!

VAGRET No hay para tanto... Todo el mérito le corresponde a usted, señor Presidente...

PRESIDE. De ningun modo... ¿Sabe usted lo que ha producido verdadera sensación en el Jurado? (Enciende un cigarrillo.)

VAGRET Usted exagera...

PRESIDE. ¡Oh, no, no!... Cuando ha dicho usted con voz tonante: «Señores jurados, procurad no dejaros enternecer por el sentimentalismo de la defensa.» ¡En esto ha estado usted colosal! (Continuando.) «Alerta, señores jurados... Si a sabiendas falseais vuestro papel de justicieros, quizás desde arriba se ampararán de la cuchilla escapada de vuestras débiles manos, y sobre vuestras cabezas caerá la sangre que no supisteis vengar.» (Entusiasmándose.) ¡Esto es magnífico... soberbio! ¡Qué honda emoción ha producido!

VAGRET Repito que no hay para tanto.

PRESIDE. Sin embargo, ha tenido usted un momento de vacilación... inexplicable. ¡Le dominaría la emoción!

VAGRET (Pensativo.) Sí, en efecto, una vivísima emoción...

PRESIDE. Lo noté, lo noté... Se puso usted pálido al dirigirse al Jurado y con voz insegura dijo: «Señores, yo os pido la cabeza de ese hombre.»

VAGRET (Taciturno.) Sí.

PRESIDE. Y en seguida hizo seña al defensor...

VAGRET Me había figurado que tenía algo que añadir...

PRESIDE. Pero ¿por qué retardar el veredicto?... De haber deliberado en el acto, triunfaba usted en toda la línea...

VAGRET Precisamente...

PRESIDE. ¿Qué quiere usted decir?

VAGRET Durante mi informe se ha producido un hecho que me ha desconcertado.

PRESIDE. ¿Un hecho?

BUNERAT ¿Cuál?

VAGRET (Después de una pausa.) Perdonen ustedes... Estoy fatigado...

PRESIDE. Sí, me hago cargo... Esa emoción se experimenta siempre después de conseguir la primera pena capital... Pero ya verá usted como uno se va acostumbrando... (A Bunerat, al disponerse a salir.) Verdaderamente siente cansancio.

BUNERAT Es demasiado sensible para su cargo.

VAGRET Al salir de la Sala encontré al señor Fiscal del Supremo... y le pedí una entrevista para más tarde. Desearía hablar con él, pero en presencia de usted, señor Presidente.

BUNERAT Les dejo a ustedes...

S. VAG. Tu salud me inquieta... No me alejo... Entraré, en cuanto se marchen esos señores...

VAGRET Bien.

S. BUNE. (A su marido, saliendo.) Apuesto a que va a cometer alguna tontería.

BUNERAT Nada nos importa a nosotros. (Vanse.)

ESCENA VIII

VAGRET y PRESIDENTE; después EL FISCAL DEL SUPREMO.

PRESIDE. ¿Acaso ha notado en mí alguna omisión durante los debates?

VAGRET No. Si existe una falta, soy yo quien la habrá cometido.

FISCAL (Entrando.) ¿Qué novedad ocurre, amigo Vagret?

VAGRET Hállome turbado de antemano por lo que pueda decir... Necesito que sus dos conciencias me conforten...

FISCAL Hable usted.

VAGRET Un conjunto de hechos... la actitud del procesado... ciertos detalles que se me habían escapado... todo eso levanta en mi espíritu una duda respecto a la culpabilidad de ese hombre...

FISCAL Esos hechos y esos detalles ¿se mencionaban en el sumario?

VAGRET — Sí, señor.

FISCAL — ¿Estudió la defensa con detenimiento el sumario?

VAGRET — Naturalmente.

FISCAL — Entonces... ¿de qué se preocupa usted?

VAGRET — Pero... ¿y si ese hombre no fuese culpable?

FISCAL — El Jurado decidirá. Todos debemos acatar su veredicto.

VAGRET — Permita usted que le explique como adquirí la convicción...

FISCAL — No quiero saberlo. Eso dilucídelo usted con su conciencia. Le asiste el derecho de exponer sus escrúpulos al Jurado... Ya sabe usted el proverbio: «Solo la pluma es esclava, la palabra es libre.»

VAGRET — Seguiré su consejo.

FISCAL — Yo no le doy ningun consejo.

VAGRET — Expondré mis dudas al Jurado.

FISCAL — ¡Y habrá sentencia absolutoria!

VAGRET — ¡Qué remedio!

FISCAL — (Enojado.) Obre usted como le parezca... Pero he de advertirle que cuando se quieren dar estas campanadas, hay que tener el valor de arrostrar la responsabilidad completamente solo... Es usted muy hábil, por lo visto, y ha calculado el modo de no sufrir solo las consecuencias de sus vacilaciones...

VAGRET — ¡Qué yo soy hábil! ¿Qué quiere usted decir?

FISCAL — Vamos, vamos, ¿somos niños?... Veo perfectamente claro lo que usted pretende: salvar su responsabilidad, caso de que en el Supremo censuren su actitud. Usted dirá que lo consultó con un superior, y yo seré la víctima... ¡Repito que el sistema es muy hábil y le felicito, pero crea usted que no se lo agradezco!

VAGRET — O yo me he expresado mal, o usted no me ha comprendido... Yo no pretendo en modo alguno rehuir responsabilidades

que asumiré lealmente. Le expongo mis dudas y le pido consejo... ¡ Esto es todo !

FISCAL Pero... ¿tiene usted alguna certeza?

VAGRET A tenerla no pediría consejo a nadie. (Pausa.) Si al menos contáramos con algún caso de casación...

PRESIDE. (Enfurecido.) ¡ Qué !... ¿qué dice usted?... Un caso de casación... basado sobre una omisión o error de mi parte, ¿no es eso? ¡ Vamos, es usted chocante, señor Vagret ! Se le ocurren no sé qué dudas, no sé qué extravagancias... y para descargar su conciencia, encuentra lógico cargarme a mí el sambenito. Resulta cómodo, la verdad, achacar a los que han cumplido con su deber, un error que haya podido cometerse...

FISCAL En efecto...

PRESIDE. ¡ Qué se diría de mí en el Supremo !... Y para abogar en favor de ese canalla ¿no vacila usted en sacrificar a un compañero?... ¡ De ningún modo !... Busque usted otra solución, señor Vagret, porque esa yo le garantizo que no podrá emplearla.

VAGRET La buscaré, vaya si la buscaré, y a mi vez le aseguro que no he de dejar las cosas en el estado a que llegaron...

FISCAL Haga lo que quiera, pero conste que no le doy consejo alguno en ningun sentido...

VAGRET Lo tendré presente.

PRESIDE. Y cuando se decida a reanudar la vista, ya nos avisará.

VAGRET Así lo haré.

FISCAL (Al Presidente.) ¿Sale usted, señor Presidente? (Vanse los dos hablando en voz baja.)

ESCENA IX

VAGRET; al momento SEÑORA VAGRET; al final ESCRIBANO.

S. VAG. ¿Qué hay?

VAGRET Nada.

S. VAG. ¿Nada?... Estás triste, y sin embargo acabas de obtener un triunfo provechoso para tu carrera...

VAGRET ¡Ese triunfo me espanta!

S. VAG. ¿Te espanta?

VAGRET Sí... ¡Tengo miedo!

S. VAG. Miedo... ¿de qué?

VAGRET ¡De haber ido demasiado lejos!

S. VAG. ¿Demasiado? ¡Oh, no! ¿Acaso no merece diez veces la muerte ese asesino?

VAGRET (Después de una pausa.) ¿Tienes la seguridad de que sea él el asesino?

S. VAG. Sí.

VAGRET Pues bien, yo... ya no lo sé.

S. VAG. ¡Por Dios!...

VAGRET No, no lo sé... Durante mi acusación se produjo en mí algo que me aterró... Mientras yo, ministerio público, yo, acusador, ejercía mis funciones, otro *yo* examinaba el sumario fríamente... Una voz interior reprochaba mi vehemencia, deslizando en mi espíritu una duda que ha ido adquiriendo proporciones intensas... En mi alma se ha librado una lucha dolorosa, grave, cruel; y si al terminar mi informe experimenté esa emoción a que aludía el presidente, si he pedido la última pena con apagada voz, es porque me extenuaba la lucha y mi conciencia iba a estallar... Por eso terminé atropelladamente... A cada instante temía que la emoción me vendiera... y cuando he visto que el defensor rehusaba exponer al Jurado lo que yo hubiera deseado que dijera... entonces he sentido miedo... miedo de mí mismo,

de mis actos, de mis palabras, de las terribles consecuencias en fin... y he querido ganar tiempo...

S. VAG. Pero, por Dios, no digas que no cumpliste tu deber... Fué el defensor quien no supo cumplir el suyo... y eso no te importa...

VAGRET ¡Siempre la misma respuesta!... Oye, a ser yo un hombre de bien, al reanudarse dentro de poco la vista, manifestaría al Jurado la duda que me asalta... y llamaría su atención sobre un extremo que no descubrí, porque confiaba en que la defensa sabría impugnarlo...

S. VAG. Ya sabes que siempre respeté tus escrúpulos, pero en esta ocasión permite que te diga que no serás tú quien habrá declarado a Obertal inocente o culpable... Será el Jurado. Si alguien debe lamentarlo es la defensa, no tú.

VAGRET ¡Yo... yo debería representar la Justicia!

S. VAG. Tú expones los hechos al Jurado, y si el Jurado te da la razón no veo la responsabilidad en que puedas incurrir, como magistrado.

VAGRET Como magistrado no, pero como hombre de conciencia, sí. Yo hago mal con callarme... Repito que en esta causa existen circunstancias que a nadie preocuparon, y de tal naturaleza, que me han hecho creer en la inocencia del procesado.

S. VAG. Pero... esas circunstancias, ¿cómo las ignoraste hasta ahora?

VAGRET No, no las ignoraba... ¡Oh! me avergüenzo de confesártelo... Oye: Estudiando el sumario, me obstiné tanto en negar la inocencia de Obertal, que cuando aparecía en mi espíritu un argumento favorable para ese hombre, yo lo rechazaba encogiéndome de hombros. De ahí nacieron mis dudas, de ahí mi afán de demostrarme a mí mismo la falsedad

de esos hechos... Y al fin, para disipar mis escrúpulos me contentaba con decirme, como tú: «Eso incumbe a la defensa, no a mí.» Escucha, y considera hasta qué punto el ejercicio del cargo de magistrado nos pervierte, haciéndonos injustos y crueles. Durante la vista he tenido una ráfaga de alegría, cuando he notado que el presidente, en su interrogatorio, omitía infinidad de detalles... Cosas del oficio, ¿sabes? Cosas del oficio... ¡Ah! débiles criaturas que somos. ¡Seres que inspiramos lástima!

S. VAG. Tal vez el Jurado no condene...

VAGRET Sí, condenará.

S. VAG. O acepte circunstancias atenuantes...

VAGRET ¡No! Harto les conjuré a rechazarlas... ¡Acusé con demasiada vehemencia!

S. VAG. Cierto. ¿Pues por qué lo hiciste?

VAGRET ¿Por qué?... ¿Por qué?... Mucho antes de empezar la vista, todos creían en la culpabilidad de ese desdichado... Yo mismo me sentía influído por el ambiente acusatorio... Era yo el portavoz de la sociedad, se me encomendaba su salvaguardia... y entonces comprendí que era preciso mostrarme a la altura del papel que me estaba confiado... Mi primer informe era relativamente suave... Pero cuando he visto que ese célebre defensor arrancaba lágrimas al Tribunal popular, entonces me he considerado perdido... A partir de aquel instante, Obertal ya no existía para mí... ni me interesaba defender la sociedad, ni sostener la acusación... ¡Luchar únicamente contra el defensor!... eso me importaba... Era un torneo de oradores, un concurso de cómicos, del que me convenía salir victorioso a todo trance. Convencer al Jurado y arrancarle los dos «Sí» del veredicto. No se trataba ya del reo, sino de mí, de

mi vanidad, de mi reputación, de mi honor, de mi porvenir... ¡Es vergonzoso! Quería evitar a toda costa el veredicto de inculpabilidad que veía seguro... y tanto temí no conseguirlo, que empleé todos mis argumentos... hablé de la venganza de Dios contra los jueces débiles... y todo eso de buena fe, mejor dicho, inconscientemente, en un exceso de orgullo, en una racha de ira contra el defensor, a quien entonces odiaba con toda mi alma. El triunfo ha sido mayor de lo que esperaba... El Jurado se halla dispuesto a darme la razón... y yo, ¿ves tú? he admitido la enhorabuena de todos y he estrechado las manos que se me tendían... ¡yo, que llevo desgarrado el corazón!... ¡Ahí tienes lo que es un magistrado!

S. VAG. Tranquilízate. Quizá no se encontrarían tres que hubiesen obrado de distinto modo.

VAGRET Tienes razón... Solo que, si uno lo reflexiona, eso es precisamente lo espantoso.

ESCRIBA. (Entrando.) Señor Fiscal, el señor Presidente me envía a preguntar cuándo podrá reanudarse la sesión.

VAGRET (Resuelto.) Inmediatamente. (Vase el Escribano.)

S. VAG. Y ahora ¿qué vas a hacer?

VAGRET ¿Ahora?... (Con mucha entereza.) ¡Mi deber de hombre honrado! (Estrecha la mano a su mujer y sale precipitadamente.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA

BUNERAT y PRESIDENTE DE SALA; más tarde VAGRET.

BUNERAT Vaya, señor Presidente, otra sesión terminada.

PRESIDE. (Viste toga roja.) Temí por culpa de esos estúpidos, que me escapara el tren... Mañana voy de caza en los estanques de Cambo, amigo Bunerat, y si no alcanzo el tren de esta tarde, ¡adiós, combinación! (Consulta su reloj.) ¡Bah! falta aun hora y media.

BUNERAT ¿Qué opina usted de todo eso, señor Presidente?

PRESIDE. ¿De qué, de la sentencia absolutoria? Me tiene sin cuidado... más aun, prefiero esta solución... La defensa se ha lucido. (Buscando con la mirada.) ¿Dónde dejé mi sombrerera? (Acción de subirse en una silla para alcanzar la sombrerera, que estará sobre un mueble.)

BUNERAT (Impidiéndoselo.) No se moleste usted, señor Presidente... (Sube a la silla.) Creo que aun tendré el gusto de volverle a ver aquí... después de las vacaciones... (Suspira al propio tiempo que entrega la sombrerera al Presidente.)

PRESIDE. El gusto será mío, querido Bunerat. (Saca de la sombrerera un sombrero hongo.)

BUNERAT ¿Quiere usted un cepillo?... Ahí está el de Mouzon... (Otro suspiro.) ¡Ah! ¡cuándo

podré abandonar este país !... Mi mayor deseo es poder residir en Pau...

PRESIDE. ¡ No se lo aconsejo... Pau tiene buenos inviernos... pero en verano es irresistible !

BUNERAT Un ascenso lo hace todo agradable.

PRESIDE. ¡ Naturalmente !

BUNERAT Y con tal de ir a Pau, como Presidente de Sala...

PRESIDE. El clima es lo de menos, ¿eh?

BUNERAT Pero... me temo que no seré yo el agraciado...

PRESIDE. ¡ Ah ! ¿Ya lo sabe usted?

BUNERAT Sí... es decir, ignoraba que se dijera oficialmente...

PRESIDE. (Cepillándose el sombrero y fijándose en una abolladura que tiene.) ¡ Mire usted que abolladura ! Esos malditos industriales nos venden cartón por castor...

BUNERAT Es verdad... Pues sí, yo ignoraba que eso fuera oficial... Mouzon debe estar de enhorabuena... (Entra Vagret vestido de calle.)

PRESIDE. ¡ Toma !... ¡ ya tenemos aquí al señor Vagret... y trajeado de calle ! (A Vagret.) ¡ Claro ! usted está en su casa... Yo he de empaquetar todo eso... ¿Dónde he dejado la caja guardarropa?... (Bunerat se dispone a buscarla, pero se detiene súbitamente.) ¡ Qué raro ! ¿Estará en el armario?... Mi querido Bunerat, ¿no la ha visto usted?

BUNERAT No.

PRESIDE. Aquí está... (Abre la caja.) ¡ Y mi levita dentro, como un trapo !... (Saca la levita y la deja encima la mesa-escritorio.) Y bien, señor Vagret, ya ha logrado usted la absolución de esa gente... Estará usted satisfecho, ¿eh?

VAGRET Muy satisfecho.

PRESIDE. ¿Y si verdaderamente son culpables?

VAGRET Me consolaría repitiendo el aforismo de Berrier: «Es preferible dar la libertad a diez culpables que matar a un inocente.»

PRESIDE. ¡ Es usted de temperamento sensible !

VAGRET ¿Hay que tener el corazón de roca para ser magistrado?

PRESIDE. (Cerrando la caja donde habrá guardado su birrete.) Es preciso elevarse por encima de las humanas miserias...

VAGRET ¿Pero... de las miserias... ajenas?

PRESIDE. ¡Claro!

VAGRET Eso se llama egoísmo.

PRESIDE. ¿Lo dice usted por mí?

VAGRET Por los tres.

BUNERAT Vaya, señores... hasta otro rato... hasta otro rato... (Estrecha la mano á todos y se marcha.)

ESCENA II

VAGRET y PRESIDENTE.

PRESIDE. (Quitándose la toga.) Le aconsejo que modere sus palabras.

VAGRET Le aseguro que las modero, señor Presidente... Si me dejara llevar por el lenguaje de mi corazón... oiría usted cosas muy desagradables.

PRESIDE. (En mangas de camisa.) ¿Olvida que está usted hablando a un Presidente de Sala, señor Fiscal?

VAGRET Repito que no hablo únicamente por usted... Las cosas desagradables que podría decir, también a mí me condenarían. Pienso en esa pobre gente...

PRESIDE. (Cepillando su toga.) ¿Qué pobre gente?... ¿los acusados de ahora?... ¡Bah! ya están absueltos. ¿Quiere usted más? ¿Quiere que se les pase una renta?

VAGRET Están absueltos, sí, pero al propio tiempo condenados. Condenados a infelicidad perpetua.

PRESIDE. ¿Qué está usted diciendo?

VAGRET. ¡Y por culpa de usted, señor Presidente!

PRESIDE. ¿Por culpa mía? (Dejando de plegar su toga.)

VAGRET — Y lo más grave es que usted no se dió cuenta siquiera del daño que hacía...

PRESIDE. — ¿A qué quiere referirse? ¿Qué daño he causado yo?

VAGRET — Cuando dijo a Obertal que su mujer fué en otro tiempo condenada por encubridora de robo y que había sido seducida antes de casarse con él... Al revelar esto, ha cometido usted una mala acción.

PRESIDE. — Es usted un Don Quijote, señor Vagret. ¡ Bah ! ¿cree usted que Obertal no estaba enterado de todo?

VAGRET — Si cuando su mujer, a preguntas de usted, no ha negado el hecho, se hubiese usted fijado en la emoción de ese infeliz, estaría usted convencido, como yo, de que todo lo ignoraba...

PRESIDE. — Y aun que así fuera, ¿qué?... Supone usted en esa gente susceptibilidades que no posee... (Guardando su toga dentro de la caja.)

VAGRET — Esa gente... tiene un corazón como usted y como yo, señor Presidente...

PRESIDE. — Admitámoslo... ¿Acaso mi deber no me obliga a obrar como lo hice?

VAGRET — No lo sé.

PRESIDE. — (Que continúa en mangas de camisa.) Entonces, la ley tiene la culpa, ¿verdad?... Pues bien, si yo he cumplido mi deber, y claro está que lo he cumplido, usted falta al suyo atacando a la ley, de la que es usted fiel servidor, y que yo represento con orgullo.

VAGRET — Buen provecho.

PRESIDE. — (Severo.) ¡ Señor Fiscal !

VAGRET — Yo digo que es una monstruosidad echar en cara a un acusado, sea culpable o no, la falta que cometiera hace diez años después de haberla expiado sobradamente. Sí, es irritante, escandaloso, indigno, que después de castigar, la ley no perdone nunca !

PRESIDE. — (Que se habrá puesto la levita y el sombrero.) Si

opina usted que la ley es deficiente, hágala usted reformar. Vaya usted al Parlamento...

VAGRET Desgraciadamente si yo fuera diputado es probable que hiciera como los demás, y en vez de pensar en eso, sólo me preocupara de calcular la duración de un Ministerio.

PRESIDE. ¡Ya ve usted!... Oiga, ¿estará por ahí el ujier?

VAGRET Va a venir. (Tocando el timbre.—Pausa.) ¿Con que se ha nombrado a Mouzon en mi lugar?...

PRESIDE. Así parece...

VAGRET Era de esperar. Mouzon es el lacayo de un Diputado, de ese Mondoubleau.

PRESIDE. No he de consentir que se hable despectivamente del señor Mondoubleau.

VAGRET ¡Ah!... vamos. ¿Piensa usted utilizarle en alguna ocasión? (Aparece el ujier.)

PRESIDE. ¿Quiere usted llevar esto a mi casa... Cerca de la estación, ¿sabe usted? (Entrega la caja al ujier.) Vaya, mi estimado Vagret, hasta la vista... y siempre buenos amigos, ¿eh? (Vase. Vagret también se dispone a salir.)

ESCENA III

VAGRET, ESCRIBANO y después OBERTAL.

ESCRIBA. ¿Se marcha usted, señor Fiscal?

VAGRET Sí.

ESCRIBA. ¿Ve usted algún inconveniente en que haga entrar aquí a Obertal, que aguarda en el pasillo a que se le deje en libertad? El pobre se lamenta de ser objeto de la curiosidad pública.

VAGRET Tiene razón. Que pase.

ESCRIBA. Diré también que conduzcan aquí a su mujer en cuanto salga de la Escribanía.

VAGRET Perfectamente.
ESCRIBA. Voy a avisar a los guardias... Pero la mujer de Obertal no podrá ser puesta inmediatamente en libertad...
VAGRET ¿Por qué?
ESCRIBA. Está a las resultas de otro proceso por injurias a un Juez en funciones...
VAGRET ¿Ese Juez es Mouzon?
ESCRIBA. Sí, señor Fiscal.
VAGRET Voy a interesarme para arreglar eso.
ESCRIBA. Hasta luego, señor Fiscal.
VAGRET Adiós.
ESCRIBA. (En la puerta.) Obertal... entre usted... Aquí estará mejor, mientras se decreta su libertad. Y eso va a ser ahora.
OBERTAL ¡ Gracias, señor ! (Entrando.)

ESCENA IV

ESCRIBANO y OBERTAL.

ESCRIBA. Por fin le absolvieron a usted, mi pobre amigo... La causa ha terminado.
OBERTAL Ha terminado para la Justicia... no para mí. Se me ha absuelto, es verdad, pero la infelicidad y el infortunio están dentro de mi vida.
ESCRIBA. Usted ignoraba...
OBERTAL Completamente.
ESCRIBA. ¡ Ha transcurrido tanto tiempo !... ¡ Bah ! hay que perdonar...
OBERTAL Esas cosas, señor, jamás un vasco las perdona. ¡ Es como si el rayo hubiese caído en mitad de mi corazón !... ¡ Y de todas las desdichas ocurridas... ella es la causa... Dios se ha vengado !... ¡ Ya no hay remedio ! (Pausa.)
ESCRIBA. Le compadezco de veras.
OBERTAL Gracias, señor. Ya que es usted tan bueno, ¿quiere permitir a mi madre, que está ahí, en el pasillo, que entre a hablarme?

ESCRIBA. Al momento. Adiós.

OBERTAL Adios, y muchas gracias. (El escribano vase.)

ESCENA V

OBERTAL y la MADRE.

(Esta entra. Obertal va a su encuentro y silenciosamente estrecha su cabeza contra su pecho.)

OBERTAL ¡Ah! ¡madre!... ¡Mi pobrecita madre!... ¡Cómo te ha cambiado la pena en esos tres meses!

MADRE ¡Hijo de mi alma!... ¡lo que habrás sufrido! (Pausa.)

OBERTAL ¡Esa mujer!...

MADRE Sí, acaban de contarme...

OBERTAL ¡Durante diez años he vivido con esa ladrona! ¡con esa miserable!... ¡Cómo sabía mentir! ¡Ah! cuando oí que el Juez le preguntaba: «¿Ha sido usted condenada por robo con la complicidad de su amante?»... y que a la faz de todos no le desmintió... ¡Ay, madre mía! ¡me ha parecido que el cielo se hundía sobre mi cabeza!... Y cuando ella ha reconocido que había sido la concubina de aquel hombre... yo no sé lo que en mí pasaba, ni sé si habría gozado más matando al Juez que decía eso con indiferencia, o a ella, que lo confesaba rehuyendo mis miradas... Y yo, inocente, he sentido deseos de reconocerme culpable para no saber más, para verme libre de ese tormento espantoso... ¡Pero he pensado en ti, madre mía! ¡y he pensado en mis hijos!... (Pausa.) Vaya, decidamos lo que hay que hacer. ¿Dejaste los niños en casa?

MADRE No. Tuve que enviarlos a Bayona, al am-

paro de nuestra prima... No tenemos casa, no tenemos nada... Sólo la ruina nos espera... No importa ; este país me causa horror... Las mujeres se apartaban al pasar yo, haciendo la señal de la cruz... En la iglesia me dejaban sola... y tus hijos no podían ir a la escuela.

OBERTAL ¡ Gran Dios !

MADRE Sus camaradas se negaban a hablar con tus hijos... Un día, Jorge provocó al mayor de ellos, se pelearon... el maestro le arrimó una paliza... y el otro para vengarse le llamó : ¡ hijo de asesino !

OBERTAL Y entonces, Jorge...

MADRE Vino a casa llorando... y no quiso salir más. Fué cuando decidí enviarlos a Bayona.

OBERTAL Vamos nosotros a hacer lo mismo, madre. Anda, ve a reunirte con ellos. Mañana o esta noche me tendréis a vuestro lado. Hay en Bayona agencias de emigración que nos llevarán a América a los cuatro... ¡ Ve, madre mía !

MADRE Pero... ¿y cuándo tus hijos pregunten por su madre?

OBERTAL (Sombrío, después de una pausa.) Les dirás... que ha muerto. (Aparece Adriana, que alguien habrá hecho entrar.)

ADRIANA Bien, señor. (Cierran la puerta por fuera.)

MADRE Entonces, me marcho...

OBERTAL (Mismo juego.) Sí, yo me reuniré con vosotros, aquí, esta noche, o mañana, allá...

MADRE Bien.

OBERTAL En cuanto llegues, entérate del día y hora en que...

MADRE Sí, sí.

OBERTAL ¡ Hasta mañana, madre !

MADRE Hasta mañana. (Vase sin mirar a Adriana.)

ESCENA VI

ADRIANA y OBERTAL.

(Adriana al quedarse sola con su marido, se dirige hacia él y juntando las manos en actitud suplicante dice en voz baja, postrándose de hinojos.)

ADRIANA ¡ Perdón !
OBERTAL ¡ Nunca !
ADRIANA ¡ No... no digas eso !
OBERTAL ¿Mintió el Juez?
ADRIANA ¡ No ! ¡ no mintió !
OBERTAL ¡ Eres, pues, una miserable !
ADRIANA ¡ Sí, soy una miserable ! ¡ Perdón !
OBERTAL ¡ Matarte !... ¡ eso quisiera yo !... ¡ Matarte !
ADRIANA ¡ Hazlo... pero perdóname !
OBERTAL ¡ No eres sino una perdida !... ¡ sin pudor, sin honra !
ADRIANA Sí, insúltame... Pégame si quieres.
OBERTAL Durante diez años me mentiste...
ADRIANA Sabe Dios lo que hubiera dado por decírtelo... ¡ Oh ! ¡ cuántas veces estuve a punto de confesártelo !... pero siempre me faltó valor, Pedro... temí tu ira... y, más que tu ira, temí amargar tu existencia... ¡ Eras tan dichoso !
OBERTAL ¡ Volviste de allá, al salir del vicio, al salir de la cárcel... y me escogiste por víctima !...
ADRIANA ¡ Oh ! ¡ pensar que crée en mi maldad, Dios mío !
OBERTAL ¿Qué me ofreciste?... ¡ los restos de una infamia ! ¡ los detritus de una deshonra !... ¡ Has venido a robar en mi casa el puesto a una mujer honrada !... ¡ Tu impostura y tu infamia atrajo la maldición de Dios sobre mi familia... y eres tú, tú, la causa de mi infortunio !... ¿Quién sino tú ha ocasionado la desgracia que nos hiere en este

momento?... ¡ Vete !... ¡ estás infestada, tu contacto envenena y mata !... ¡ Estás maldita ! ¡ No me hables, no me hables más !

ADRIANA ¡ Pedro !... ¿por qué no quieres apiadarte de mí?... ¿Crées acaso que yo no sufro?

OBERTAL ¡ Si tú sufres es porque lo mereces !... pero aun no sufres lo bastante... Yo... ¡ qué te había hecho yo para que me escogieras por víctima ! ¿Qué hice yo, para tener que soportar lo que soporto?... Hiciste de mi tu esclavo... me sometiste, me rebajaste casi a tu nivel... y por eso, sólo por eso, debía haberte echado de mi pensamiento y de mi corazón... ¡ Y no puedo ! ¡ y sufro atrozmente, doblemente, porque sufro también por el amor que te tenía !... ¡ Lo fuiste todo para mí, desde hace diez años .. lo fuiste todo... todo !... ¡ y ahora sólo me resta una esperanza !... ¡ llegar a olvidarte !

ADRIANA ¡ Perdón !

OBERTAL ¡ Jamás ! ¡ Jamás !

ADRIANA No, no digas eso... ¡ Sólo Dios tiene derecho a ser absoluto !... Oye, entraré de nuevo en casa, seré la primera de tus sirvientes... la más humilde si tú quieres... y no recuperaré mi puesto en el hogar hasta que tú lo ordenes...

OBERTAL (Moviendo tristemente la cabeza.) ¡ Ya no tenemos hogar !... ¡ Nada nos queda !... ¡ Y por tu culpa !... porque tú te sentaste en el sitio de mi madre... ¡ tú ! ¡ la perjura, la impostora !... ¡ Por eso la desgracia cayó sobre nosotros !

ADRIANA ¡ Yo lograré hacerte olvidar esa desgracia a fuerza de humildad, de sacrificios y de arrepentimiento !... y sin importarme a donde vayas, te seguiré... Pedro, reflexiona... ¡ Tus hijos aun me necesitan !

OBERTAL ¡ Mis hijos !... ¡ No quiero que vuelvas a verles, no quiero que les hables, ni que

los beses, ni que los toques !... ¡ No ! ¡ no lo quiero !

ADRIANA (Cambiando rápidamente de actitud.) ¡ Ah !... ¿ qué?... ¡ eso no !... ¡ eso no !... ¡ Mis hijos !... ¡ ca ! ¡ En eso te engañas !... ¡ Que me prives de todo... que me condenes a todas las vergüenzas... que me obligues a mendigar el pan... eso bien ! Que no me mires... que sólo me hables para injuriarme... todo, todo lo que quieras... ¡ Pero, mis hijos !... ¡ mis hijos !... Eso me pertenece... ¡ Salieron de mi carne, forman parte de mi vida... y siempre, siempre estarán amasados con mi carne, y con mi sangre ! ¡ Oh ! ¡ tú no puedes hacer que mis hijos no sean mis hijos !

OBERTAL Te hiciste indigna de guardarlos.

ADRIANA ¡ Indigna... yo !... Decirme eso es una indignidad... A ellos ¿les he faltado? ¿he sido mala madre?... ¡ Contesta !... ¡ No ! ¿verdad? Pues bien ; ¡ si no he sido mala madre, mis derechos sobre mis hijos son enteros y absolutos ! ¡ Indigna ! ¡ Aunque fuera mil veces más culpable, y más indigna, como tú dices, ni tú, ni la ley, ni los ministros de Dios, tendríais derecho a quitármelos !... ¡ Fuí culpable como mujer... es posible ! ¡ Como madre nada pueden reprocharme ! ¡ Pues entonces... entonces... no me los pueden robar ! ¡ Y tú que concebiste esa idea, eres un miserable, sí, sí, porque sólo por el afán de vengarte quieres separarme de ellos... ¡ No eres sino un cobarde... no eres sino un hombre !... ¡ la paternidad no existe en tu corazón !... ¡ puesto que no te preocupan tus hijos ! ¡ Te lo digo yo !... Mientes al considerarme indigna de cuidarles... y guardarlos... ¡ Mientes ! porque sabes que no es verdad... porque no ignoras que les crié, que les cuidé, que les aconsejé siempre el bien entre caricias y besos... ¡ que

todas las noches les hacía entregar a sus plegarias... y que debo continuar haciéndolo, porque no es posible que otra mujer me sustituya... junto a mis hijos!... ¡Pero eso no debe importarte a ti, ya que les olvidas! ¡Quieres castigarme y por eso pretendes quitármelos!... ¡Qué cobardía! ¡qué monstruosa venganza!... ¡No, no es posible!... (Sollozando.) ¡Medítalo, bien, Pedro... no es posible lo que dices!

OBERTAL ¡Acertaste!... ¡sí, me vengo!... ¡y lo que crées irrealizable, se ha cumplido ya!... ¡Mi madre se ha llevado mis hijos!

ADRIANA ¡Oh! ¡Les encontraré!

OBERTAL ¡América es inmensa!

ADRIANA ¡Yo les encontraré!

OBERTAL ¡Entonces... les referiré la causa que me obligó a separarlos de ti!

ADRIANA ¡Nunca!... ¡no, eso nunca! (Abatida.) Te obedeceré... pero antes, júrame... (Entra el escribano.)

ESCRIBA. Obertal, venga usted a firmar su libertad. ¡Podrá usted marcharse en seguida!

ADRIANA Aguarde usted, señor, aguarde... (A Obertal bajando la voz.) Acepto la separación, ya que es preciso... Voy a desaparecer... No volverás a saber de mí. Pero... a cambio de ese terrible sacrificio... júrame solemnemente que nunca les referirás...

OBERTAL Lo juro.

ADRIANA ¿Me juras no decirles nada que pueda disminuir sus afectos para conmigo?

OBERTAL Lo juro.

ADRIANA ¡Prométeme también... yo te lo suplico, Pedro, en nombre de nuestra pasada felicidad y de mi sufrimiento de ahora... prométeme hacerles conservar el recuerdo de su madre!... Harás que rueguen por mí, ¿no es cierto?...

OBERTAL ¡Te lo juro!

ADRIANA Ahora... márchate. ¡Mi vida ha terminado!

OBERTAL ¡ Adiós ! (Vase con el escribano. En la puerta éste encuentra a Mouzon.)

ESCRIBA. (A Obertal.) Vaya usted... ya se lo indicarán. (A Mouzon.) La mujer de Obertal está aquí...

MOUZON Vagret me ha hablado de ella... Voy a retirar mi queja, y que la pongan en libertad. Mi nuevo cargo de Presidente de Sala me impediría ir y venir de Pau cada ocho días para la instrucción... Proceda usted a las formalidades de rúbrica...

ESCRIBA. Bien, señor Presidente. (Se sienta a su mesa y escribe.)

ESCENA ÚLTIMA

MOUZON, ADRIANA y el ESCRIBANO.

MOUZON (Acercándose a Adriana.) Vaya, teniendo en cuenta la prisión preventiva que ha sufrido usted, voy a ponerla en libertad provisional... y quizás la perdone del todo si se arrepiente de haberme injuriado...

ADRIANA (Inmóvil y tranquila.) De nada he de arrepentirme.

MOUZON ¿Prefiere usted volver a la cárcel?

ADRIANA ¡Ah! ahora me es igual, completamente igual. Ni me importa la cárcel, ni me espanta la muerte.

MOUZON ¿Por qué?

ADRIANA ¡Porque ya lo perdí todo!... ¡No tengo casa, ni hogar, ni marido, ni hijos! (Clavando su mirada en Mouzon.) Y reflexiono, y medito... y pienso...

MOUZON ¿Qué piensa usted?

ADRIANA Pienso que es usted el causante de todo ese daño...

MOUZON Les han absuelto a los dos, ¿no es cierto? ¿Quiere usted más?

ADRIANA ¡ Hemos sido absueltos, verdad ! ¡ Y a pesar de eso, ahora, para mi esposo, para mis hijos, para el mundo entero, dejé de ser una mujer honrada !

MOUZON Si alguien le echa en cara la pena que sufrió usted en otro tiempo, o le reprochan la prisión de ahora, le asiste a usted el derecho de perseguir a los difamadores ante los Tribunales. Y se les castigará.

ADRIANA Pues bien, precisamente porque alguien me echó en cara la pena que sufrí en otro tiempo... mi marido me separa de mis hijos... y ese difamador es un magistrado... ¿Puedo hacerle castigar?

MOUZON No.

ADRIANA ¿Por qué?... ¿Por qué es un magistrado?

MOUZON No. ¡ Porque es la Ley !

ADRIANA ¡ La Ley ! (Violentamente.) ¡ Oh ! ¡ qué Ley más infame !

MOUZON (Severo.) Vaya, nada de gritos ni de injurias, ¿estamos? (Al escribano.) ¿Terminó usted?... Lléguese a la Escribanía y que extiendan la diligencia de «no ha lugar». (Vase el escribano.)

ADRIANA Yo soy una ignorante... No estudié, como ustel, la Ley en los libros, y es por eso, quizás, que sé mejor que usted lo que es justo y lo que no lo es. Y vengo a preguntarle simplemente : ¿Cómo va a componérselas la Ley para devolverme a mis hijos y reparar el mal que me han causado?

MOUZON La Ley nada le debe.

ADRIANA ¡ Que nada me debe !... Entonces ¿qué va usted a hacer, usted, Juez, representante de esa Ley?

MOUZON Un magistrado no es responsable...

ADRIANA ¡ Ah !... no es usted responsable... (Exaltándose gradualmente.) Pues así, podríais a vuestro antojo detener a la gente por una simple sospecha, y hasta sin tener sospecha alguna. ¡ Podríais hundir en la ver-

güenza y la deshonra a una familia, torturar a los infortunados, escudriñar su existencia, poner de manifiesto sus miserias, resucitar faltas añejas y ya expiadas !... ¡ Podríais, con vuestras habilidades, con vuestros engaños, con vuestras astucias y artimañas, con vuestra ferocidad, enviar un hombre al cadalso. Y aun podríais hacer más... ¡ mucho más que eso !... ¡ que a una madre se le roben sus pequeños !... ¡ Y luego haríais lo que Pilato... y todo eso, sin consideraros responsables de nada ! ¿Qué es, pues, la responsabilidad? ¡ Ante vuestra Ley, tal vez no lo seáis, como ha dicho usted... pero ante la Justicia de los humildes y de los honrados... ante la Justicia del Redentor del mundo, ante la Justicia de las madres, sostengo y juro que lo sois... y por serlo, vengo a pediros cuentas ! (Vé sobre la mesa de Mouzon, que está de espaldas, el arma que sirve de corta-papeles. La coge instintivamente, volviendo a dejarla en su sitio.)

MOUZON (Colérico.) Salga usted... ¡ Le mando que se marche !

ADRIANA Escúcheme... Por última vez pregunto lo que va usted a resolver para aliviar mi angustia... para devolverme todo cuanto perdí por su culpa... ¿Cómo conseguirá usted que yo recupere mis hijos?

MOUZON Hemos terminado. Yo nada le debo.

ADRIANA ¡ Que no me debe nada !... Me debe usted más que mi vida... más que todo... ¡ Mis hijos ! ¡ mis hijos... que no volveré a ver ! Lo que me ha robado usted es la dicha de todos los instantes... son sus besos de todas las noches... es el orgullo que yo tenía de verles crecer a mi regazo... Y ya nunca más les oiré llamarme ¡ ¡ Madre ! !... (Con expresión de odio salvaje.) ¡ Oh !... ¡ ¡ nunca ! !... ¡ ¡ Como si hubiesen muerto ! !... ¡ No ! ¡ como si usted me los hubiese ma-

tado ! *(Coge el cuchillo.)* ¡ Sí ! ¡ he aquí vuestra obra, malos jueces !... ¡ De un inocente ibais a hacer un presidiario... y de una honrada mujer, de una madre, hacéis una criminal ! *(Clava el cuchillo a Mouzon. Este cae muerto, instantáneamente. El escribano en la puerta del foro, aterrado.)*

TELÓN RÁPIDO

FIN DE LA OBRA

Estracto del juicio de la prensa de Madrid

La obra estrenada parece la continuación del proceso Ferrer. Se trata de poner de relieve las torpezas de los procedimientos judiciales, y hay que confesar que en LA TOGA ROJA se consigue en no pocas ocasiones.

El drama de Brieux lo han arreglado Ayné Rabell y Federico Fuentes.

El segundo acto resulta admirable por lo bien observado y lo teatral; en el cuarto hay también escenas bien hechas que llegaron a conmover a la concurrencia, cosa no fácil en estos tiempos de estoicismo y desaprensión, y en general la obra está bien hecha, como lo prueba el que aguantamos sin protestas todo un error judicial, con sus actuaciones, careos, juicio y sentencia absolutoria, por fortuna para el procesado y para nosotros, pues ya estábamos viendo que si guillotinaban a aquel hombre tendríamos al año que viene otra nueva obra en la que asistiríamos a la revisión del proceso, según el uso y costumbre de la época.—CORRECHO.

(De "La Mañana")

El último estreno ha sido el del drama LA TOGA ROJA (La robe rouge), que ya hace años estrenó madame Réjane en la Comedia Francesa y que ha merecido ser premiado por la Academia. Su autor es Brieux, uno de los más discutidos en Francia, y los traductores de la obra los señores Ayné Rabell y Fuentes.

LA TOGA ROJA es una bella obra donde se ponen de manifiesto las desgraciadas consecuencias a que conducen el afán de popularidad y de ascender en su carrera a los encargados de administrar la justicia.

Con alguna crudeza presenta el autor la realidad de estas costumbres viciosas sociales; el público de Madrid, y casi me atrevería a decir que el de España, no le gusta las cosas tan claras. Unicamente exige así la obra el elemento popular.

De los cuatro actos de que consta LA TOGA ROJA, dos son verdaderamente dramáticos, los más emocionantes. La escena del

segundo acto en que el juez quiere arrancar a un inocente la confesión de un crimen, y hasta intenta enredar a la mujer del procesado en el proceso, y las escenas del cuarto acto, en que el procesado absuelto se queja de lo amarga que será el resto de su vida por haberse descubierto en el acto del juicio que su mujer tuvo un momento desgraciado años antes de unirse a él, y cuando la mujer del acusado, que, al llegar el día de la rehabilitación del crimen que imputan a su marido, se ve rechazada por éste y separada para siempre de sus hijos, lo que la obliga a tomar venganza matando al juez, causa de todas sus desdichas, son tan admirables, llegan tanto al público que oblígasele a aplaudir.

(De "Teatros y Cines")

LA TOGA ROJA en Madrid.—En la cajita de caramelos situada en la Corredera, algo más arriba de la bombonera de don Cándido, se presentó anoche la traducción de una obra del discutido autor francés Brieux, LA ROBE ROUGE (La toga roja).

Ha sido Brieux uno de los autores franceses más discutidos por su característica de ironía cruel y crudeza en la presentación realista de los vicios sociales, para anatematizarlos.

Quizás exagerado en su moralismo, padeció Brieux el honor de la prohibición de una de sus obras, "Les avariés", en que sostuvo la atrevida teoría de prohibir el matrimonio a los pacientes de determinadas enfermedades hereditarias y ocasionales de la degeneración.

En todas las obras de este dramaturgo se satirizan las costumbres de la actual sociedad, en las diferentes clases. Así en "Les remplaçontes" es combatida la maternidad a medias con las nodrizas; en "Blanchette", el vicio de educar a los hijos en distinta esfera de la que en los padres viven; "L'engranage" es la sátira política; "La française" censura a los literatos, para los que no hay más tipo femenino que la cocotte o la demi-vierge, y defiende a la mujer francesa casta y laboriosa.

En LA ROBE ROUGE (La toga roja), que hace diez años estrenó en el teatro de la Comedia la Réjane, se presentan las desgraciadas consecuencias a que lleva el afán de notoriedad para ascender en su carrera, de los encargados de administrar justicia.

Dos escenas verdaderamente dramáticas tiene la obra en el segundo y cuarto actos, las dos de gran intensidad, emocionantes, y están a cargo de la primera actriz, que no tiene más que este trabajo, y con ser corto, es fuerte.

Aquel juez, empeñado en arrancar la confesión del crimen a un inocente, y que, viendo la imposibilidad de lograrlo, trata de enredar en las mallas del proceso a la mujer del procesado.

El fiscal, acusador por su ministerio, pero más hombre de corazón, que lamenta su triunfo oratorio exclamando: "El juicio es un torneo entre el defensor y el fiscal, en el que lo de menos es la rectitud en el juicio, y el premio, la cabeza del acusado», es el tipo presentado en contraposición de aquellos magistrados que miran su

estimación por el número de condenas o de absoluciones arrancadas al Jurado.

El procesado, absuelto; pero que en el acto del juicio le amarga para siempre su vida la revelación de que su esposa tuvo un momento desgracido años antes de pertenecerle...

La mujer del acusado, que cuando llega el día de la rehabilitación del crimen que imputan a su marido, se ve rechazada por él y separada de sus hijos, desesperada hasta el punto de tomar verganza por su mano... son los principales protagonistas de LA TOGA ROJA, a los que sus traductores, señores Ayné Rabell y Fuentes, han sabido conservar la personalidad que les dió Brieux.

La interpretación fué acertada por parte de todos los actores, distinguiéndose la señorita Hermán, que estuvo mejor en el segundo acto que en el cuarto; lo mismo le ocurrió al señor Aguado. El señor Miralles muy bien en el fiscal y en el diputado estuvo acertado el señor Azaña.

Al final de la obra, y anteriormente en algunas otras escenas, se escucharon nutridos aplausos; pero los traductores señores Ayné Rabell y Fuentes, renunciaron modestamente a los honores de la presentación.

La obra llevará al público aficionado a las emociones fuertes.— M. M. de Z.

(De "La Correspondencia de España")



TEATRO POPULAR

ADMINISTRACIÓN: ARAGÓN, 386. — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. EL JOROBADO, por A. Bourgeois y Paul Febal.
2. EL CRISTO MODERNO, por José Fola Igúrbide.
3. TREINTA AÑOS O LA VIDA DE UN JUGADOR, por Ducange y Dinaux.
4. DON GIL DE LAS CALZAS VERDES, por Tirso de Molina.
5. LA CARCAJADA, por Felipe D'Ennery.
6. EMILIO ZOLA O EL PODER DEL GENIO, por José Fola Igúrbide.
7. LA TABERNA, por Emilio Zola.
8. EL MEJOR ALCALDE, EL REY, por Lope de Vega.
9. FANSOMAS O EL LADRÓN INCOMPRENSIBLE, por Gervais y Musset.
10. CASA CON DOS PUERTAS MALA ES DE GUARDAR, por Calderón de la Barca.
11. EL MÉDICO DE SU HONRA, por Calderón de la Barca
12. MIGUEL STROGOFF, por Julio Verne.
13. EL ÚLTIMO CARTUCHO, por J. Molgosa Valls.
14. CATALINA HOWARD, por A. Dumas (padre).
15. EL LICENCIADO VIDRIERA, por Moreto y Cabaña.
16. LOS MÁSCARAS NEGRAS, por Augusto Fochs Arbós.
17. TRITÓN O UN BANDIDO DEL GRAN MUNDO, por Juan B. Enseñat.
18. LA HERMANA DEL CARRETERO, por J. Bauchardy.
19. LA ABADÍA DE CASTRO, por E. Bouchardy.
20. LA HERENCIA DEL NIÑO DIOS, por Gonzalo Jover y Salvio Valentí.
21. LA TOGA ROJA, por E. Brieux.

SEMANA PRÓXIMA

LA CATEDRAL